



3 1761 07803030 1







EL HORROROSO CRIMEN DE
PEÑARANDA DEL CAMPO

Y

OTRAS HISTORIAS

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

S
B264ho

PÍO BAROJA

EL HORROROSO CRIMEN DE
PEÑARANDA DEL CAMPO

Y

OTRAS HISTORIAS



257848
8.8.31

RAFAEL CARO RAGGIO, EDITOR
MENDIZÁBAL, 34 - MADRID



A UNA DAMA

Aquí tiene usted, chère madame, tres espécimen de mi repertorio: el número 1, 2 y 3.

El número 1, El horroroso crimen de Peñaranda del Campo, es un poco cuadro de género un tanto harapiento, gólfico y castellano. El número 2, Las noches del Café de Alzate, es también cuadro de género realista aldeano y vasco. El número 3, Yan-Si-Pao o La Esvástica de oro, es producto de fantasía libresca.

En todo, como verá usted, hay mucha acción y poca psicología. A usted, como amamantada en Paul Bourget y sus congéneres, le gusta la psicología y no la acción. Yo, en cambio, como soy un poco bárbaro, no creo en la psicología literaria ni en la otra. Me parece que la explicación de la psiquis más complicada cabe en un papel de fumar y

aún sobra sitio. Es, indudablemente, la mía una manifestación de barbarie y de pesimismo misantrópico.

Aunque probablemente no le guste de mi muestrario el número 1, ni el número 2 ni el 3, yo no pierdo la esperanza, chère madame, de que alguna vez pueda escribir algo que le parezca bien.

EL HORROROSO CRIMEN DE
PEÑARANDA DEL CAMPO

FARSA VILLANESCA

EL AUTOR

Señoras y señores: Era costumbre establecida en el teatro griego y romano que el autor, en su nombre o en el de uno de sus personajes, diera, al comenzar la escena, una explicación del argumento de su obra, de los incidentes de la acción y de los motivos de ésta para justificarse y legitimarse.

Mis compañeros en la prensa de Peñaranda quieren que yo haga lo mismo. No en balde Peñaranda es una nueva Atenas. Como ellos y yo vamos a ocupar esta noche un palco, sospecho que mis compañeros en el manejo de esa poderosa palanca del progreso que llamamos la Prensa desean que vosotros, los espectadores, sepáis con exactitud que yo soy el autor, yo, Pepito Rubores, el pequeño, calvo y de los lentes, y no los otros.

Sospecho, como digo, que mis compañeros en el manejo de la susodicha palanca quieren que se conozca bien quién es el autor, no por la gloria y los aplausos, sino por temor de que alguien del público pretenda protestar enviando a nuestra pla-

tea una patata u otra hortaliza por el estilo. En ese caso, mis buenos camaradas temen sin duda que los espectadores protestantes se equivoquen de blanco.

Puesto en el duro trance de tener que explicarme desde el escenario, os diré que no pretendo dar una lección con mi pequeña farsa villanesca. La época de las lecciones y de las moralejas pasó ya a la historia.

Algunos, quizá, encontrarán que el motivo de “El horroroso crimen de Peñaranda del Campo” es un tanto lúgubre, tétrico, patibulario; dirán que no se deben llevar las escenas de un tablado a otro tablado y que no se deben ejecutar en el escenario de los teatros más que piezas musicales alegres. Perdonad que la fraseología legal se mezcle a la teatral; pero ¿qué mejor higiene que convertir lo lúgubre en grotesco y poner un poco de ridículo en el otro tablado y en sus alrededores?

Quizá algunos estetas refinados nos reprochen cierta intención social. ¡Qué se va a hacer! No hemos llegado en Peñaranda a la deshumanización del arte. Si se nos presenta en el camino lo humano, y hasta lo demasiado humano, lo dejaremos pasar. Si le exigimos algo, lo único que le exigiremos es que cuelgue en las perchas del guardarropa las prendas de la retórica altisonante con que suele venir ataviado. Después de todo, lo mismo han hecho desde Aristófanes y Plauto hasta nuestros saineteros.

Y ahora, señores, un poco de benevolencia. Abrid los ojos, abrid los oídos, carraspead, sonaos bien con el pañuelo o con los dedos, y si tenéis una patata dura en el bolsillo con intenciones agresivas, sustituidla por otra más blanda, más suave, más feculenta, o por uno de estos ricos y sustanciosos tomates que producen nuestras celebradas huertas, y que tanta envidia causan a los vecinos de otros pueblos próximos. ¡Salud!



CUADRO PRIMERO

La Plaza Mayor de Peñaranda del Campo. Es una plaza con arcos, bastante grande, en forma de paralelogramo irregular.

En los lados estrechos están la Catedral, con una verja que separa el atrio embaldosado, y la Casa del Ayuntamiento, con un gran balcón corrido. En medio hay una fuente. Por una callejuela se ve la cárcel, con dos garitas en la puerta y centinelas que hacen guardia.

Es día de mercado; las tiendas pequeñas de los arcos han sacado sus géneros a la plaza. Hay puestos de pucheros, barreños, cosas de hoja de lata, instrumentos de agricultura y hortalizas. Los curiosos van y vienen. En un ángulo de la plaza están un vendedor de específicos, uno de baratijas y el Tuerto con un cartel de feria.

EL DE LOS ESPECÍFICOS

(*Tocando la campanilla.*) ¡Ahora, señores! Echaremos los polvos de la madre Celestina, y mientras

tanto, les voy a mostrar a ustedes el Verdadero Elixir para los Dientes.

EL VENDEDOR

(*Con voz aguda.*) ¡Al baratillo! ¡Al baratillo!
¡A real y medio! ¡A real y medio! ¡Las medias,
las ligas, los pañuelos, las cajas de polvos de arroz,
los peines, las peinetas! ¡A real y medio! ¡Al ba-
ratillo! ¡Al baratillo! ¡Al baratillooo!

ESTUDIANTE PRIMERO

(*Contemplando el cartel que tiene el Tuerto.*)
¡Qué pintura, chico! ¿Será cubista o expresio-
nista?

ESTUDIANTE SEGUNDO

A mí me parece mamarrachista.

ESTUDIANTE PRIMERO

Sin embargo, tiene su gracia.

ESTUDIANTE SEGUNDO

¡Psch! Como todo lo que es absurdo. Debe ser del terrible crimen de este pueblo. Gracias a él nos llaman antropófagos los de Cabezón de Arriba.

ESTUDIANTE PRIMERO

Pero si el Canelo es de Cabezón, y todos los de su familia han sido cabezones. ¿Qué nos vienen con historias?

EL TUERTO

(Con voz sorda.) ¡Las bonitas coplas de la muerte del Guaja chico en la plaza de toros de Valencia! ¡El malestar del obrero! ¡La isla de Jauja! ¡Las doscientas noventa y nueve novias, por cinco céntimos! ¡La Desesperación y el Arrepentimiento, de don José Espronceda! ¡Las picardías de las mujeres la primera noche de novios! ¡La relación del horroroso crimen de Peñaranda del Campo! ¿Quién pide otra?

EL DE LOS ESPECÍFICOS

El Verdadero Elixir para los Dientes, señores, es tónico, reconfortante, dulcificante...

EL VENDEDOR

¡Al baratillo! ¡Al baratillo! ¡Al baratillooo!

EL TUERTO

(Coge su puntero y empieza a salmodiar esta relación).

¡Sagrada Virgen del Carmen,
Madre del Divino Verbo,
cómo permites que haya
criminales tan perversos
que manchan con sus maldades,
sus fechorías y excesos,
la limpia reputación
de los hijos de este pueblo!

UN ALDEANO

¡Aquí buena reputación! De ladrones tendrán reputación en Peñaranda! ¡Este es un pueblo de “pérfulos!”

OTRO ALDEANO

¿Y el de usted? Si en su lugar no pueden vivir los gitanos; tan ladrones son todos.

OTRO

¡Eh! ¡Fuera, fuera! ¡A reñir a otro lado! ¡Callarse! ¡Dejarnos oír lo que canta el Tuerto!

EL TUERTO

En Peñaranda del Campo,
el día diez de febrero
de mil novecientos veinte,
día terrible y funesto,
cerca del árbol del Cuco,
hallaron en el paseo
el cuerpo de una mujer
convertido en esqueleto.

UN MOZO

Si dicen que eran huesos que habían sacado del cementerio.

OTRO MOZO

Bastante sabes tú lo que eran.

EL MOZO

Más que tú.

VARIOS

¡Bueno! ¡Bueno! ¡A callarse!

EL TUERTO

El Juzgado las pesquisas
las hizo con gran empeño,
y supo que una doncella,
la nieta del tío Penco,
había desaparecido
de su casa en este pueblo.
La Sinforosa Peláez
López y Cabezalero,
era muchacha modesta
y de sencillez modelo,
obediente a su familia,
a su padre y a su abuelo;
no era de esas modernistas
que se afeitan el pescuezo;
jamás se le conoció
ni querido ni cortejo.

UN MOZO

¡Bah! Yo he tenido que ver con ella.

OTRO MOZO

Y yo también.

EL TÍO PAMPLINAS

Y todo el que ha querido. ¡Vaya una cosa! Era su oficio.

UN MOZO

Entonces, ¿para qué dicen mentiras?

EL TÍO PAMPLINAS

Esa es la historia.

EL TUERTO

Días después del hallazgo de aquellos mortales restos se supo que un muchachito, muy marchoso y jaranero, llamado Pedro García, y por mal nombre el Canelo, se gastaba las pesetas en un “tupi” muy flamenco. Un amigo le pregunta cómo tiene aquel dinero, y García le contesta que es un terrible misterio. La Policía interviene con su acreditado celo, y hace confesar al mozo su brutal crimen horrendo. Le detienen al García en el “tupi” del Cigüeño,

y con las manos atadas
le traen a la cárcel preso.
A Sinforosa ha forzado
el sátiro deshonesto.

UN MOZO

¿A qué llamarán aquí forzar?

OTRO MOZO

¡Hombre! ¡Si ella no quería!...

UN MOZO

¡Si era una sargentona más fuerte que un mozo
de cuerda!

EL ESTUDIANTE

Bueno; que nos dejen oír.

EL TUERTO

Y como un tigre de Hircania
le quita la vida luego,
metiéndole una navaja
por las vértebras del cuello.
La desangra y descuartiza
con arte de carnicero,
y hasta muerde de un pedazo,
y dice que sabe a cerdo.

UN MOZO

¡Eso debe ser mentira! En tal caso, sabría a vaca, por lo tetona que era.

OTRO MOZO

A chotuno sabría aquélla.

UN MOZO

O quizá más a zorruno.

UN VIEJO

No hay que desacreditar a las personas difuntas.
Eso da mala pata.

EL TUERTO

Da los pellejos a un gato,
el morcillo da a los perros,
y vende los entresijos
a un industrial choricero.
Qué motivos de odio tiene,
le preguntan al Canelo,
para matar a la Sinfo;
él dice que tiene buenos,
y calumnia a la interfecta,
y afirma que tuvo enredos,
y que echó al mundo tres hijos,
cuatro abortos y dos fetos.

UN MOZO

Que echó un chico a la Inclusa es verdad.

OTRO MOZO

¡Bah! No es la única.

UN MOZO

Eso está mal hecho.

OTRO MOZO

No; que se lo iba a comer.

EL TUERTO

Al cabo de pocos meses
se ve en la Audiencia el proceso.
El Tribunal no vacila,
y con el público asenso
condena a garrote vil
al desdichado Canelo.
Se confirma la sentencia
en la sala del Supremo.
Y el público encuentra justo
este fallo tan severo.
Ya el cadalso se levanta.
El verdugo ya está presto.
Pronto entrará en la capilla
el asesino funesto.

¡Padres, madres y parientes
que tenéis hijos y nietos,
educadlos con cuidado!

UN HOMBRE

Sí; en el Colegio de los jesuítas.

UN SACRISTÁN

No, que habrá que llevarlos a la escuela láica.

EL HOMBRE

Siempre aprenderán más.

EL SACRISTÁN

A blasfemar. A ser anarquistas aprenderán en
las escuelas láicas.

EL HOMBRE

Y en los colegios de frailes, ¿a qué? A ser má-
ricas.

EL SACRISTÁN

¡Indecente! ¡Bolcheviqui!

EL HOMBRE

Eso es el progreso. El bolcheviquismo.

EL ESTUDIANTE

Dejad eso.

EL TUERTO

Miraos en ese espejo:
pues si hoy es Pedro García,
que lleva mote el Canelo,
el que está en el duro trance
de que le aprieten el cuello,
mañana puede en su caso
estar uno de los vuestros.

¡Sagrada Virgen del Carmen,
Madre y Reina de los Cielos,
danos, Señora, tu amparo
a los malos... y a los buenos!

¿Quién pide otra relación del horroroso crimen
de Peñaranda del Campo?

EL ESTUDIANTE

¿Qué le ha parecido a usted?

EL TÍO PAMPLINAS

¡Pamplinas, hombre, pamplinas! Todas esas son
pamplinas. ¿A mí qué vienen a hablar de la Virgen
del Carmen? ¿Qué tiene que ver la Virgen del
Carmen con esto?

EL TÍO RASPA

¡Hombre! Tiene que ver. Porque se pide su
amparo para un criminal.

EL TÍO PAMPLINAS

Pero ¡qué criminal! ¡Si aquí no hay criminal!

EL ESTUDIANTE

¿Usted cree que no?

EL TÍO PAMPLINAS

¡Claro que no!

EL TÍO RASPA

Pues si el Canelo no es criminal, ¿cómo está en la cárcel para ser ahorcado?

EL TÍO PAMPLINAS

¡Habrás cacho de mendrugo! Pues a eso vamos. El Canelo no es un criminal.

EL ESTUDIANTE

¿Pues qué es?

EL TÍO PAMPLINAS

Es un “guillao”.

EL POCOMIEDO

Eso dicen algunos para salvarle. Algún interés tendrán.

EL TÍO PAMPLINAS

Yo no tengo interés especial ninguno, ¿sabes tú, Pocomiedo? Y parece mentira que una persona sea tan baja y tan rastrera que porque el Canelo le ha dado alguna broma esté deseando su muerte.

EL FLAUTA

¡Una broma! No es nada. Le quitó la novia al Pocomiedo.

EL TÍO PAMPLINAS

¡Aunque le hubiera quitado la vida!

EL ESTUDIANTE

¿Así que usted no cree que el Canelo sea un criminal?

EL TÍO PAMPLINAS

¡Qué va a ser un criminal el Canelo! ¡Si es un cimbel! ¡Si es un “pipi”! Lo que le pasa al Canelo es que es un niño “litri, ¿“usté” me comprende?, que quiere hacerse el interesante, y como ha visto películas en el “cine” quiere imitar lo que pasa en ellas, y como ha oído comedias en Madrid quiere hacer versos y decir que es un poeta como don José Espronceda.

EL ESTUDIANTE

¡Ya! Se explica.

EL TÍO PAMPLINAS

El Canelo es un chico bonito, y la suerte con las mujeres le ha perdido. Antes decían que la doncella de la marquesa de Amorena era su novia, y que él estaba muy “chalo”; pero luego la marquesa se marchó al extranjero con la doncella, y el niño éste empezó a decir que no podía vivir sin verla, que estaba solo en el mundo y que se iba a suicidar, y otras tonterías por el estilo. En resumen, y para que usted comprenda el sentido, que el Canelo se ha hecho un golfante y ha creído que podía vivir de guagua por ahí.

EL ESTUDIANTE

Ya, ¿y usted no cree que él haya matado a la Sinfo?

EL TÍO PAMPLINAS

¿Para forzarla? ¡Vamos, hombre! ¡Pero si la Sinfo andaba tirada!

EL ESTUDIANTE

Y entonces él, ¿por qué lo ha dicho?

EL TÍO PAMPLINAS

Eso es lo que no sé; pero no lo creo, ni lo creeré nunca. ¡A mí que no me vengan con pamplinas!

EL SARGENTO

Valdría más que no hablara usted tanto de lo que no sabe.

EL TÍO PAMPLINAS

Yo hablo como todo el mundo. Todos los ciudadanos tienen derecho a opinar.

EL SARGENTO

Pues no opine usted demasiado. No vaya usted a ir a la cárcel por perturbador.

EL TÍO PAMPLINAS

La opinión es libre.

EL SARGENTO

Pero la cárcel está cerrada.

EL TÍO PAMPLINAS

(*Disimulando el miedo.*) ¡Déspotas! ¡Más que déspotas! Me voy para no comprometerme. ¡Si fuera a llevarme por mi genio no sé qué haría.
(*El tío Pamplinas se va.*)

EL DE LOS ESPECÍFICOS

¡El Verdadero Elixir para los Dientes, señores, que en las farmacias de toda Europa se vende a veinte y a veinticinco pesetas, yo lo vendo, en obsequio a los habitantes de esta ciudad, no a veinte pesetas, no a diez pesetas; lo vendo, señores, por la cantidad modesta de cincuenta céntimos!

EL VENDEDOR

(*Con voz aguda.*) ¡A real y medio! ¡A real y medio! ¡Al baratillo! ¡Al baratillo! Las medias, las ligas, los pañuelos, las cajas de polvos de arroz, los peines, las peinetas. ¡Al baratillo! ¡Al baratillo! ¡Al baratilloooo!

EL TUERTO

(*Con voz sorda.*) ¡Las bonitas coplas de la muerte del Guaja chico en la plaza de toros de Valencia! ¡El malestar del obrero! ¡La isla de Jauja! ¡Las doscientas noventa y nueve novias, por cinco céntimos! ¡La Desesperación y el Arrepentimiento, de don José Espronceda! ¡Las picardías de las mujeres la primera noche de novios! ¡La relación del horroroso crimen de Peñaranda del Campo! ¿Quién pide otra?

CUADRO SEGUNDO

La capilla de la cárcel de Peñaranda. Esta capilla es un cuarto encalado con baldosas en el suelo. En un testero, entre dos rejas, hay un cromo del Sagrado Corazón de Jesús. A los lados, dos floreros con flores de papel. Sobre una mesa que hace de altar, cuatro velas en candeleros de hoja de lata.

EL DIRECTOR

(Bajito, serio, de barba en punta, con uniforme.)

¿Estas velas durarán las diez y ocho horas reglamentarias que tiene que estar un reo en capilla?

MARTÍNEZ

(Flaco, pajizo, con bigote pequeño, rubio.) Creo que sí. Ya se le ha advertido al cerero.

EL DIRECTOR

¿Y él lo habrá tenido en cuenta?

MARTÍNEZ

¡Psch! Habrá robado lo que haya podido.

EL DIRECTOR

¿Cree usted?

MARTÍNEZ

Natural. ¡Ah! Ahí viene gente.

EL DIRECTOR

A ver quiénes son.

MARTÍNEZ

Creo que son los hermanos de la Paz y Caridad.

EL DIRECTOR

(*Asomándose a la puerta.*) ¿Así que ustedes son los hermanos de la Paz y Caridad que vienen a acompañar al reo?

EL DUQUE

(*Alto, con gran barba en abanico. Pronunciando la r como g, a lo parisiense.*) Yo soy don Juan Fanfán de Givega y Fegnández de los Mostenses, duque de la Matinada, conde del Cerro Triste, gande de España de primega clase y hegmano de la Paz y Cagidad.

MARTÍNEZ

¡Qué tío siendo cosas!

EL DIRECTOR

(*Inclinándose.*) Muy señor mío.

EL MARQUÉS

(*Calvo, pequeño, bigote engomado y perilla.— Muy afectado y pronunciando mucho las eses.*) Yo soy Silvino Gómez de las Abadesas Barradas y Spontini, marqués del Lirio Virgen.

MARTÍNEZ

Este es un embolado.

EL DIRECTOR

(*Inclinándose.*) Muy señor mío.

DON SEVERO

(*De cincuenta años, cara juanetuda, bigote blanco, levita y birrete.*) Yo soy don Severo Prats y Soler, magistrado de la Audiencia territorial.

MARTÍNEZ

¡Vaya un gachó con cara de perro de presa!

EL DIRECTOR

(*Inclinándose.*) Muy señor mío. Tengo conocimiento de su severidad. ¿Este otro señor?

FERREIRO

(*Bajo, con los ojos negros y las manos como morcillas, y un brillante en la corbata.*) Yo soy Balbinu Ferreiru y Poncela, del gremio de comestibles.

MARTÍNEZ

Mejor dicho, de los in-comestibles. Bacalao podrido y Compañía.

EL DIRECTOR

¿También hermano?

FERREIRO

También.

BALLENILLA

(*Grueso, pesado y sin aliento.*) Yo soy don Adelarado Ballenilla, profesor de Retórica del Instituto.

MARTÍNEZ

A éste le llaman los chicos el Ballenato y el Foca.

EL DIRECTOR

Ahora voy por el reo. (*El Director sale.*)

EL MARQUÉS

(*En voz baja.*) ¿Qué tal el “golf” ayer, Matinada?

EL DUQUE

Muy bien, muy bien, “Ligio Vigen”. Me “ganagon”. Luego fuimos en automóvil con Tití y con Lulú, a “cenag” a la Cuesta de las “Pegdices”. He tenido que “venig cogiendo” a “Peñaganda” en automóvil, sin “ageglarme”. No he tomado mi baño ni he “gecibido” a la “manicuga”. No pensaba que esto “fuega” tan pronto. Soy el mayor contribuyente del distrito. No he podido “dejag” de “venig”.

EL MARQUÉS

Yo también no he tenido más remedio que venir rauda y presurosamente. Voy a presentarme diputado por el distrito.

EL DUQUE

¿Qué le “pagece” a usted de este crimen, “magqués”?

EL MARQUÉS

Es una cosa rarísima, duque. ¡Un caso de antropofagia! No se ve un crimen así todos los días.

EL DUQUE

Y ese mozo dicen que está muy “segno”. Estas gentes del pueblo indudablemente no son como nosotros.

EL MARQUÉS

Dan poco valor a la vida. Son brutales, materialistas, energuménicos.

EL DUQUE

¿Y “ega” guapa esa “Sinfo”? ¿La ha conocido usted?

EL MARQUÉS

Así, así. Tenía encantos vulgares... Grandona, frescachona, cacho... muy abultada de formas.

EL DUQUE

La “vegdad”, no comprendo “pogqué” ese mozo ha podido “matag” a esa “mujeg”; “pego” en fin, allá él.

EL MARQUÉS

¿Qué trae usted?

EL DUQUE

Traigo este “escapulagio” para el “geo”, que me ha dado el padre Echecalde, y una caja de “pugos” de la Vuelta de Abajo.

(Entra el reo, acompañado del director de la cárcel, del comandante don Zenón y del jesuíta el padre Ratera. El reo es joven, moreno, con los ojos brillantes; don Zenón es grueso, fuerte, con tufos y bigote y perilla; el padre Ratera, pálido y sonriente. Suenan las campanas de la agonía en la catedral.)

EL DUQUE

Es “tegible”.

EL MARQUÉS

Es para impresionar a cualquiera.

EL CANELO

¿ Y esto qué es ?

EL DIRECTOR

Es la capilla.

EL CANELO

¿ Aquí me van a traer la comida ?

EL DIRECTOR

Sí; dinos qué quieres comer.

EL CANELO

Pues yo comeré de todo. Tengo muy buen apetito.

EL DIRECTOR

¿Un cubierto de diez pesetas?

EL CANELO

Y aunque sea de veinte.

EL DIRECTOR

¿Quieres vino?

EL CANELO

Natural. Vino de Rioja, café y anís del Mono. Creo que a un reo de muerte no hay que privarle de nada.

EL DUQUE

Aquí he traído una caja de “pugos” por si los “quiege fumag”.

EL CANELO

¡Muchas gracias! No tendré tiempo de fumarlos todos; pero en fin, haré lo que se pueda. ¿Y por qué este regalo?

EL DUQUE

Somos los “hegmanos” de la Paz y “Cagidad”.

EL CANELO

Así que vienen ustedes aquí a divertirse, a ver las muecas que hacen los reos. Pues sí que es una diversión.

EL PADRE RATERA

Ten más respeto con estos señores. Vienen aquí a acompañarte en tus últimas horas.

EL CANELO

¡Sí; como los cuervos al olor de la carne muerta! Pero en fin, a mí no me estorban. Conmigo se divertirán poco.

EL DUQUE

Este mozo es “vegdadegamente” templado. ¡Qué tipo! (*Don Zenón, sacando un retrato de la Sinforosa del bolsillo, y con voz terrible, mostrándoselo al “Canelo”.*)

DON ZENÓN

Mira, mira a tu víctima.

EL CANELO

(*Mirando el retrato.*) Estaba gorda la “andoba” cuando se hizo esta fotografía. Hecha una cerda. Verdaderamente para comérsela.

DON ZENÓN

¿No se te ocurre más que eso, salvaje?

EL CANELO

Nada más.

DON ZENÓN

¿Cómo has tenido valor?

EL CANELO

¡Qué quiere usted! Cuando encontré a la culpable...

DON ZENÓN

¿Cómo culpable? Querrás decir a la víctima.

EL CANELO

Eso es, a la víctima. Pues cuando encontré a la víctima, me entró la idea de hacer el experimento.

EL MARQUÉS DE LIRIO VIRGEN

¡Qué bárbaro! ¡Es un energúmeno, un completo antropófago!

DON ZENÓN,

Debías de arrodillarte ante ella.

EL CANELO

Pues me arrodillaré. (*Se arrodilla y comienza a recitar.*)

Mármol en que doña Inés
en cuerpo sin alma existe,
deja que el alma de un triste
llore un momento a tus pies.

EL DIRECTOR

Levántate y no seas majadero. No es este un momento de hacer bufonadas.

EL DOCTOR CÁNDIDO

(*Pequeño, flaco, con gafas.—Accionando violentamente.*) No, no y no. Ustedes no lo quieren creer, pero “el Canelo” es un perturbado, es un esquizofrénico, o quizá un paranoico. No lo sé a punto fijo; pero tengo la convicción de que es irresponsable, y defenderé mi tesis en todas partes.

DON SEVERO

Ya se sabe; para ustedes los médicos, todos los criminales son locos e irresponsables. Siguiendo el criterio de ustedes, no se castigaría a nadie.

EL DOCTOR CÁNDIDO

Protesto; sí, señor, protesto con todas mis fuerzas de que a este hombre se le lleve al garrote. Lo

he dicho y lo diré siempre. “El Canelo” es un perturbado. No hay más que mirar sus facies. ¿Qué expresa su mirada? ¿Qué expresa su sonrisa? Inconsciencia, estupidez, idiotismo.

EL CANELO

¡Muchas gracias, señor doctor! ¡Vaya una manera de señalar!

EL DOCTOR CÁNDIDO

¿Es que un hombre que ha matado a una mujer y que ha comido un trozo de su carne se ríe así? No. Es imposible. “El Canelo” es un perturbado, es un esquizofrénico. No hay más que estudiar su cráneo a la luz de la psiquiatría, de la antropometría, de la fisiognomía, de la psicopatología...

DON SEVERO

Está usted perdiendo el tiempo.

EL DOCTOR CÁNDIDO

De todas maneras, protesto y protestaré con todas mis fuerzas. ¡Que se avise a un especialista! ¡Que le reconozcan! Estoy seguro que dirá como yo, que “el Canelo” es un perturbado.

EL PADRE RATERA

Pierde usted el tiempo, doctor, como dice don Severo. El reo está convicto y confeso. Si protestara, aún; pero no protesta.

EL DOCTOR CÁNDIDO

Pero protesto yo, que he de revolver cielo y tierra para impedir esta salvajada. (*Se marcha. Vuelven a sonar las campanas. El padre Ratera comienza a rezar el rosario. Los demás le contestan.*)

BALLENILLA

Voy a salir un poco. Este ambiente no es muy propicio para mí. Estoy un tanto nervioso.

FERREIRO

Sí; “yu” también “vuy” a salir a “tumar” el “frescu”.

MARTÍNEZ

Aquí viene un mozo del café con la comida para el reo.

EL DIRECTOR

Que entre. (*Sirven la comida al “Canelo”, que come y bebe abundantemente; después toma café, copa, y enciende un cigarro puro en una de las velas del altar.*)

EL DIRECTOR

¿Quieres alguna cosa más?

EL CANELO

Si me pudieran leer estas cartas que me han mandado.

EL DIRECTOR

Sí, hombre. Te se leerán. A ver: “*Cerido... Cerido... ¡Ah! “Querido... Canelo... Sabrás que desde que supe que estás en la cárcel, no puedo olvidarte... Estoy muerta por tus pedazos... Es necesario que nos veamos... Sabrás que la “Sinfo” era un perro... y que un hombre con “diznidá” como tú, no acepta ciertas cosas...*”

EL CANELO

¡Qué estilo!

MARTÍNEZ

¡Ni la “Gaceta”!

EL DIRECTOR

(*Siguiendo la lectura.*) ...Te tengo que comer a besos...”

EL PADRE RATERA

¡Qué escándalo!

EL CANELO

Démela usted. ¿De quién es? (*Leyendo.*) De la Pas... Pas...cu...la... Pascuala. ¡De la Pascuala! No es nada. ¿Y esta otra? De la “Morritos”. ¿Y la otra? De la Bienvenida. ¿Y ésta? De la maestra.

¡Anda! ¡Menudo éxito, gachó! La mar... en calzoncillos.

EL PADRE RATERA

No es hora, hijo mío, de vanidades.

EL CANELO

Vanidades... ¡El vértigo! (*Bebe una copa.*)

EL DIRECTOR

Olvida eso. Te dice este señor que no te conviene pensar en esas cosas.

EL CANELO

(*Aparte.*) Envidia que le tienen a uno!

EL DIRECTOR

¿Quieres alguna otra cosa?

EL CANELO

¡Si me trajeran una guitarra! Tengo que ver si recuerdo unos tientos que cantaba “el Mochuelo”.

EL DIRECTOR

¡Una guitarra en la capilla! ¡Qué barbaridad! No puede ser.

EL CANELO

Pues que me traigan unas cartas. Haré unos solitarios.

MARTÍNEZ

Ya va. (*“El Canelo” bebe una copa y enciende otro cigarro.*)

EL CANELO

Esto es vivir.

MARTÍNEZ

Está tan sereno como si fuera mañana a tomar el mixto de Guadalajara.

DON ZENÓN

(*A don Severo y al Padre Ratera.*) ¿A qué vienen tantas contemplaciones? Lo que falta aquí es disciplina. Eso es lo que se necesita: dis...ci...pli-na. Sin disciplina no hay nada bueno.

EL PADRE RATERA

El escándalo. Eso es lo peor, el escándalo. Con el escándalo viene todo: el desorden, la revolución, el caos...

DON SEVERO

El remedio está en la pena de muerte. Ahí está el quid. Esa es la verdadera terapéutica; terapéutica quirúrgica.

DON ZENÓN

Estoy con usted.

DON SEVERO

Yo, cuando he tenido mis vacilaciones y debilidades...

MARTÍNEZ

(*Aparte.*) Por ahí decían que era únicamente su mujer la que tenía debilidades. (*Da las cartas al Canelo.*)

EL PADRE RATERA

¿Usted ha tenido debilidades, don Severo?

DON SEVERO

Sí, señor; yo mismo he tenido debilidades.

MARTÍNEZ

Confunde las debilidades con los cuernos.

DON SEVERO

Sí, señor. Yo cuando he vacilado, he dicho: no, no; la pena de muerte; la pena de muerte es la salvación de la sociedad. ¿Pero qué es lo que pasa? Nosotros los magistrados pedimos penas de muerte, y el Jurado nos las echa abajo y todos los procesados se van a la calle. Es algo irritante, escandaloso.

DON ZENÓN

Tiene ustén razón. No hay severidad.

EL PADRE RATERA

La severidad, indudablemente, es necesaria... en algunos casos.

DON ZENÓN

En todos. (*Entra "el tío Lezna", temblando. Es un hombrecito de cincuenta años, muy flaco. Viste de pana, con una gorrita que tiene en la mano. Se acerca a la mesa en donde "el Canelo" está tomando café.*)

EL TÍO LEZNA

Perico, vengo a..., a..., a pedirte perdón.

EL CANELO

A mí perdón, ¿por qué?

EL TÍO LEZNA

Vengo a pedirte perdón..., porque..., porque soy el verdugo.

EL CANELO

¿Usté es el verdugo, "tío Lezna"?

EL TÍO LEZNA

Sí.

EL CANELO

¿Desde cuándo?

EL TÍO LEZNA

Desde hace un mes.

EL CANELO

¡Menudo oficio que ha cogido usted, gachó! ¡Vaya un carguito!

EL TÍO LEZNA

No me lo mientes, niño..., no me lo mientes... Estoy temblando como un azogado. No podía vivir con la lezna y el tirapié. ¡Maldita sea la pena!

EL CANELO

No será la pena de muerte la que usted maldice, porque esa le debe de gustar a usted.

EL TÍO LEZNA

No me avergüences, chico. ¿Me perdonas?

EL CANELO

Sí, hombre; sí, sí. Ya ve usted, yo prefiero tener que ir al palo que no hacer lo que usted va a hacer.

EL TÍO LEZNA

¡Ay, “Canelo”! Tú no sabes las fatigas que estoy pasando. ¡Maldita sea la pena!

EL CANELO

¿Y por qué aceptó usted ese oficio? ¡Una persona cabal como usted, que había llegado a cabo primero en su juventud! Un hombre de civilización y de cultura.

EL TÍO LEZNA

¡Qué quieres! No ganaba dos reales componiendo zapatos viejos, y... uno se ofusca. Ya me decía mi mujer. No tomes ese cargo, “Lezna”. Si hay que matar que maten los Magistrados.

EL CANELO

Tenía razón su mujer.

EL TÍO LEZNA

¡Qué se le va a hacer! Se ofusca uno. ¡Maldita sea la pena!

EL CANELO

¿Y ha matado usted a muchos ya?

EL TÍO LEZNA

No he matado a nadie todavía.

EL CANELO

¿Así que yo voy a ser el primero?

EL TÍO LEZNA

Sí.

EL CANELO

Me va usted a hacer sufrir mucho. Va usted a hacer un serrallo conmigo, “tío Lezna”.

EL TÍO LEZNA

No tengas cuidado. Eso no. Yo he sido siempre hombre de conciencia.

EL CANELO

Sí, pero la conciencia de un verdugo no le tranquiliza a uno.

EL TÍO LEZNA

¡Maldita sea la pena! No tengas cuidado, no. Así que, ¿me perdonas?

EL CANELO

Sí, hombre, sí. Vaya usted tranquilo.

DON SEVERO

(*Al “tío Lezna”.*) Es usted un hombre pusilánime, se ve que está usted temblando.

EL TÍO LEZNA

Sí, es verdad; tiene usted razón. ¡Qué quiere usted!, no tiene uno corazón para eso. Es un oficio tan cruel y tan bajo...

DON SEVERO

¿Qué desprecio es ese de la noble misión del ejecutor de la justicia? ¿No sabe usted que el señor de Maistre elogia al verdugo y dice que es el eje, el pibote de la sociedad?

EL TÍO LEZNA

El señor de Mestre no sé quién es. Vivirá lejos de mi casa, pero todos los demás vecinos me insultan por mi cargo. ¡Maldita sea la pena!

DON SEVERO

Sin el verdugo la sociedad se hunde en el caos y todo desaparece.

MARTÍNEZ

Este dirá, ¡que se hunda!, y yo también.

DON SEVERO

Es usted un hombre cobarde y torpe. Con un aparato mecánico como el que tiene usted debe dar hasta gusto una ejecución.

EL TÍO LEZNA

¡Qué quiere usted! A mí la mecánica no me entra. Estoy acostumbrado a la media suela.

DON SEVERO

¿Conoce usted el aparato? ¿Lo ha estudiado usted?

EL TÍO LEZNA

Sí, señor; muy bien.

DON SEVERO

¿Lo ha destornillado usted? ¿Ha visto su sabio mecanismo?

EL TÍO LEZNA

Sí, señor.

DON SEVERO

¿Lo ha limpiado usted?

EL TÍO LEZNA

Sí, con sidol.

DON SEVERO

¿Y aún tiene usted miedo?

EL TÍO LEZNA

Qué quiere usted. No tengo corazón. Indudablemente usted sería mejor verdugo que yo.

MARTÍNEZ

Es lo más probable.

DON SEVERO

No comprendo por qué se apura usted. No tiene usted que agarrotar más que a uno solo.

EL TÍO LEZNA

¿Y le parece a usted poco?

DON SEVERO

La otra vez hubo que agarrotar a dos. Y no había más que un aparato. Es la negligencia del Gobierno. En cada Audiencia debía haber tres o cuatro aparatos disponibles. Se agarrotó al primero. El médico le tomó el pulso, y dijo: "Este ya está muerto." Se le sacó del banquillo. Vino el segundo reo, se le sentó, se le ejecutó, y el médico, pusilánime, que estaba más blanco que un papel y que no sabía donde tenía la cabeza, dijo, haciendo como que le tomaba el pulso: "Sí, éste también está muerto." Se le quitó del banquillo al agarrotado, se le echó al suelo para ponerle en la caja, y de pronto pegó un salto.

EL CANELO

(Echando una bocanada de humo por la boca.)
¡Muy bonito!, pero ¡que muy bonito! Ha estado usted, señor juez, pero que muy bueno. Ese ajusticiado saltamontes me ha hecho mucha gracia. Vey a tomar otra rosquilla.

EL TÍO LEZNA

Estas cosas me matan. Otra historia como ésta, y no tengo fuerza para dar vuelta al manubrio del garrote.

DON SEVERO

Usted tenga calma y proceda con frialdad. Pone usted al reo en el asiento, le ata usted fuerte con las correas, y tris tras, en un momento le deja usted el cuello como una paja.

MARTÍNEZ

(Aparte.) A él sí que le convendría la paja. ¡Por bestia! Se ve que estos cornudos tienen el corazón muy córneo.

EL TÍO LEZNA

No sé, no sé. Usted, señor juez, sería mejor verdugo que yo. Yo soy un chancleta.

EL CANELO

Eso es expresarse, señor juez, y poner las cosas en claro. Sus recomendaciones me recuerdan aquel tango de la cacerolita de "San Juan de Luz". ¡Cómo lo cantaba Sánchez! Voy a tomar un chupito.

(Se oyen voces en la cárcel.)

VOCES

¡Ande, ande, ande,
la marimorena,
ande, ande, ande,
que es la Nochebuena!

DON ZENÓN

¿Pero qué es eso?

EL DIRECTOR

Esto es un disparate. Esta no es la salve que cantan los presos al reo que está en capilla. Esos bárbaros han confundido la canción; tenían que cantar ahora la salve de los ajusticiados y se han puesto a berrear esa estúpida canción de Nochebuena. ¡Qué animales! Oiga usted, Martínez.

MARTÍNEZ

¿Qué pasa?

EL DIRECTOR

Vaya usted inmediatamente a decir a los presos que se callen. Si la saben que canten la salve para

los reos de muerte, pero no esa canción de Nochebuena. ¡Qué animales!

MARTÍNEZ

Ya voy.

EL DIRECTOR

(Al "Canelo".) Y tú, ¿no tienes que hacer alguna recomendación, "Canelo"?

EL CANELO

Yo, ninguna. Es decir, sí, alguna menudencia. Que le digan de mi parte a mi madrastra que a mí no me gustan las cáscaras de tomate, que si las comía cuando estaba en casa era por no llevarle la contraria.

EL DIRECTOR

¿Y nada más?

EL CANELO

Que le digan también que no me gustan tampoco los pepinos. Es un alimento muy eruptivo.

EL DIRECTOR

¿Cómo eruptivo?

EL CANELO

Sí, que repite mucho en el estómago.

EL DIRECTOR

¿Y nada más?

EL CANELO

Que le digan a ese maleta del “Pocomiedo” que yo no le quité la novia, que fué ella la que le dejó para marcharse con ese contratista de pellejos, Paco “el Melones”, que la llevó a Madrid y la prometió meterla en el teatro de cupletista.

EL DIRECTOR

¿Cómo, un pellejo más?

EL CANELO

Tiene usted razón. ¡Y tan pellejo!

EL DIRECTOR

¿No tienes que hacer más recomendaciones?

EL CANELO

Sí. Si por casualidad resucitara ese zurrupio de la “Sinfo”, que la digan de mi parte que siempre me pareció una vaca sin cencerro. Que nunca he estado por el carro de la carne.

EL DIRECTOR

¡Pero tú estás trastornado, chico! Tu cabeza anda mal. Yo empiezo a creer que el médico tiene razón.

EL PADRE RATERA

Fingirá..., estará fingiendo y haciéndose el loco.

EL DIRECTOR

¿Para qué? ¡Un hombre que no ha querido pedir el indulto! ¿Tienes que hacer alguna otra recomendación?

EL CANELO

A la Milagros no quiero que la digan nada, sino que es muy pamplinosa y que se hace muchas ilusiones con el señorito. ¡Menuda gente es esta de Peñaranda! No se dan poco postín.

Son los de Peñaranda
pantorrilludos.
Siete pares de medias
llevan algunos.

(Se oye murmullo de voces a la puerta.)

EL DIRECTOR

¿Qué es lo que pasa? ¿Qué voces son ésas?
(Entran la Marquesa y el Doctor Cándido.)

LA MARQUESA

(Alta, morena, vestida de negro, muy elegante.)
Que este señor dice que no puedo pasar. ¡Vamos, hombre! Pasaré por encima de usted. Tengo que hablar al Director.

EL DOCTOR CÁNDIDO

Sí, tenemos que hablar al Director.

EL DIRECTOR

¿Qué quería usted?

LA MARQUESA

Vengo a hablar con usted. Yo estoy convencida de que “el Canelo” es inocente.

EL DOCTOR CÁNDIDO

Y yo también.

EL DIRECTOR

¡Pero si él mismo se acusa!

LA MARQUESA

Yo no creo que sea verdad lo que dice.

EL CANELO

(*Levantándose de la mesa.*) Sí, señora. Es verdad lo que se dice. Ya sabe usted los versos que me ha dedicado ese revistero de toros que firma “Pepito Rubores”, en “La Voz de Peñaranda”. ¡Qué gracia tienen! Ahora que son difíciles de aprender como el diablo. Comienzan así:

La mejor opoterapia
es comerse al semejante.
No hay nada tan confortante
en la fisioterapia.

(“*El Canelo*” bebe.)

LA MARQUESA

¡Qué pobre bárbaro!

EL CANELO

Sí, señora marquesa. Soy un antropó... un antropó...gafo. No sé cómo se dice eso. Por su salud.
(*Bebe.*)

EL PADRE RATERA

Señora marquesa, déjele usted. Está convicto y confeso.

LA MARQUESA

Yo creo que este chico es inocente.

EL CANELO

Pues ya ve usté que no. Soy un antropólogo..., un antropó... gafo, o como se diga.

LA MARQUESA

Este no ha matado a la Sinforosa. La Sinforosa era una mujer como un castillo. Si ella le da dos coscorrones le tumba.

EL CANELO

¡A mí ella! ¡A un antropólogo! ¡Vamos, señora marquesa, usted confunde la gimnasia con la magesia! Le iba a decir que estaba usted del queso..., pero no me parece respetuoso.

EL DOCTOR CÁNDIDO

Yo creo, como usted, señora. El Canelo es un majadero pero incapaz de matar a nadie.

EL TÍO LEZNA

¡Si es un pimpi! Este no ha matado nunca una mosca, y sería tan mal verdugo como yo.

EL DIRECTOR

Usted aquí no hace nada. Retírese usted.

EL CANELO

¿Conque yo no soy capaz de despachar a uno? Casi nada. (*Con la copa en la mano.*)

Soy argentina, che,
y a Buenos Aires me voy.

¡Había que ver a la Pellejín cantando esto en el cine de la Encomienda! ¡Qué garganta! ¡Y qué nalgas!

LA MARQUESA

(*Al Canelo.*) Y si es verdad que has matado a la Sinforosa, ¿por qué no has pedido el indulto? Vamos, contesta, ¡estúpido!

EL DUQUE

¿Tiene usted “integés” por este muchacho, “magquesa?”

LA MARQUESA

Yo, ninguno; pero mi doncella era su novia y ahora se pasa el día llorando.

EL CANELO

¿La Milagros llora por mí?

LA MARQUESA

Sí, por ti.

EL CANELO

(*Con la copa en la mano.*)

Así en lo profundo
del alma bohemia.

¡Cómo cantaba esto Fernández en el teatro de Cabezón! ¡Qué artistazo!

LA MARQUESA

Este bárbaro está borracho. (*Al Canelo.*) Oye, la Milagritos, el otro día, se arrodilló a mis pies

para que viniera aquí a salvarte. Ella no cree que hayas matado a la Sinforosa, pero dice que como has nacido en Cabezón, y eres tan cabezudo, te dejarás matar por terquedad. ¡Habla, majadero! ¡Imbécil!

EL CANELO

Ya he hablado bastante. Ahora a beber.

A beber, a beber y a apurar
las copas del licor.

LA MARQUESA

Bueno, vamos a tener para rato. Mi doncella se pasa la vida llorando.

EL PADRE RATERA

Tome usted otra. Tenemos un servicio doméstico muy bien organizado, con dos secciones: la Cocinera Práctica y la Doncella virginal. Las cocineras y las doncellas salen garantizadas de nuestras manos.

MARTÍNEZ

(*Aparte.*) Incombustibles. No las magrea ni el señor obispo.

LA MARQUESA

No, no, la Milagritos me sirve muy bien. ¿Qué le tengo que decir de tu parte a la Milagros, Canelo?

EL CANELO

¡Nada, para lo que se acuerda de mí!

LA MARQUESA

No digas eso. Ella me ha hecho venir aquí con sus lloros.

EL CANELO

¿Lloraba por mí?

LA MARQUESA

Sí, por ella he venido yo del extranjero y he mandado a mi administrador, a don Valentín, a que haga investigaciones, y hoy me ha teleografiado desde Portugal diciéndome que cree que la Sinforosa no ha sido asesinada y que vive.

DON ZENÓN

¿Que vive? ¡Qué disparate!

EL DOCTOR CÁNDIDO

Sí; tienen ustedes que suspender la ejecución. Otra cosa sería un crimen.

EL DIRECTOR

Sí, no habrá más remedio.

EL PADRE RATERA

¡Qué lástima! ¡Estaba ya tan resignado!

MARTÍNEZ

¿Por qué llamará este señor resignación a una cogorza?

DON SEVERO

¡Siempre igual! Nos quitan los reos de las manos.

MARTÍNEZ

Los reos se van y en cambio los cuernos se quedan.

LA MARQUESA

¿No tienes nada que decir a la Milagritos?, ¡majadero!

EL CANELO

Señora marquesa... Dígale usted a la Milagritos que soy inocente..., que quería que me mataran..., porque está uno de sobra en el mundo y porque ella no me hacía caso.

LA MARQUESA

¿Es de verdad?

EL CANELO

Sí, es de verdad. No he matado a la Sinforosa...; pero, en fin, yo tengo mucho sueño. (*Recuesta la cabeza en el brazo y se duerme.*)

LA MARQUESA

Ya ven ustedes. Tienen ustedes que suspender la ejecución. Bueno, me voy. Aquí yo no puedo estar. ¡Qué tufo! ¡Qué olor a tabaco! ¡Qué horror! (*Se va.*)

EL DOCTOR CÁNDIDO

Era evidente. El Canelo no podía ser un criminal. No hay más que examinar su cráneo a la luz de la psiquiatría, de la antropometría, de la fisiognomía, de la psicopatología. (*Se va.*)

EL DIRECTOR

Voy a poner un telegrama al Gobierno preguntándole qué hago. (*Todos los que están en la capilla se miran unos a otros con la mayor estupefacción.*)

MARTÍNEZ

Señor Director, un telegrama para usted.

EL DIRECTOR

(*Leyendo.*) “El Jefe de la Policía de Lisboa al Director de la cárcel de Peñaranda del Campo:

La Sinforosa López, de Peñaranda, encuéntrase aquí completamente “boa.”

DON ZENÓN

“¿Boa?” Algún otro crimen.

EL PADRE RATERA

“Boa”, en portugués quiere decir “buena”.

DON ZENÓN

“¡Boa!” ¡Tiene gracia! ¿Por qué no dirán “buena”, que es más sencillo?

MARTÍNEZ

El doctor trae otro telegrama para que usted lo lea, que se ha recibido ahora mismo.

EL DIRECTOR

Venga. “Señora Marquesa de Amorena: Se ha encontrado a la Sinforosa López en una casa de trato da rúa da Lapa. Está sana, buena, gorda y tiene gran éxito con los portugueses. La “Sinfo” da expresiones para el Canelo.—Valentín Martín.”

EL DUQUE

Sí, allí las “mujeges” son bastante feas, y, sin duda, la “Sinfogosa” tiene sus “pagtidarios”.

EL DIRECTOR

Señores, esto parecê evidente.

DON ZENÓN

Sí, ahora una paliza no le vendría mal a este joven que duerme.

DON SEVERO

Una paliza buena.

EL DIRECTOR

No estamos autorizados.

EL PADRE RATERA

Podría usted tenerle dos o tres meses en la cárcel.

EL DIRECTOR

¿Para qué? No sabe usted lo que come un tipo de éstos. (*Acercándose al Canelo y agarrándole violentamente del brazo.*) ¡Eh!, despierta.

EL CANELO

(*Restregándose los ojos.*) ¡Ah!, ¡ya es el momento!... ¡Caramba, qué pronto!... Bueno, vamos al pãlo... a diñarla...

EL DIRECTOR

Aquí no se trata de palo, sino de palos que te vamos a dar. ¿Qué embustes nos has contado? ¿Qué era eso de que habías comido un pedazo de carne de la Sinforosa y que sabía a cerdo?

EL CANELO

Era de una gallina de casa de mi madrastra a la que llamábamos así.

EL DIRECTOR

¡Conque de una gallina! ¡Mamarracho! ¡Mentecato! ¡Fuera de aquí!

EL CANELO

Bueno, bueno. Ya saldré. No se incomode usted. No hay derecho.

EL DIRECTOR

A mí no me vengas con chulaperías estúpidas, porque te voy a pegar una patada en el trasero que te vas a acordar de la cárcel.

EL CANELO

Déjeme usted tomar otra copa y otro cigarro.

EL DIRECTOR

Aquí no se dan copas a los golfos. ¡Cochino! ¡Sinvergüenza! ¿Es que tú te has creído que esto

es algún tupi? ¡Bastante hemos aguantado tus majaderías! ¡A la calle!

EL DUQUE

Venga la caja de “pugos”. Se ha fumado ya “tgés” este mozo.

(A la puerta el tío Lezna abraza al Canelo.)

EL TÍO LEZNA

Nada, Canelo, abrázame. Presento la dimisión. Dejo este cargo. Prefiero morirme de hambre con la lezna y con el tirapié. Que le den al manubrio de matar esos del birrete, ya que es una cosa tan buena.

(Se quedan solos el Duque, don Severo, don Zenón y el padre Ratera.)

DON SEVERO

Aquí estamos los puntales de la sociedad.

VOCES DE LOS PRESOS

Ande, ande, ande,
la marimorena.
Ande, ande, ande,
que es la Nochebuena.

EL DIRECTOR

Otra vez esos animales con esa canción estúpida. Es para volverse loco. ¡Martínez!

MARTÍNEZ

¿Qué quiere usted?

EL DIRECTOR

¡Que se callen éstos!

MARTÍNEZ

Ya se lo he dicho; pero son tan duros de mollera que no se dan cuenta.

DON ZENÓN

Hemos quedado en ridículo. Necesitamos una compensación.

EL PADRE RATERA

¡Esto ha sido un escándalo! ¡Un verdadero escándalo!

DON SEVERO

¿No habrá otro reo para ajusticiarlo pronto?

EL DIRECTOR

No, señor; por ahora no hay ninguno. Teníamos un parricida; pero lo han indultado.

DON SEVERO

Siempre pasa lo mismo.

MARTÍNEZ

Alguien viene otra vez. Hoy nos están dando la gran lata.

EL DIRECTOR

¡Martínez! ¡Apague usted las luces! Estamos gastando aquí las velas estúpidamente. Estas velas pueden servir para otro reo.

MARTÍNEZ

¡Bah! Otro reo. ¿Cuándo habrá otro reo? Lo mejor será vender estas velas al sacristán.

EL DIRECTOR

¿Ya dará algo?

MARTÍNEZ

Poca cosa. Bueno, ese señor que espera se impacienta.

EL DIRECTOR

Que pase. ¿Qué quiere usted? (*Entra un fotógrafo melencólico, vestido con chaquet, acompañado de un chico que lleva una caja y el trípode.*)

EL FOTÓGRAFO

Vengo a hacer una fotografía del reo en capilla.

EL DIRECTOR

¿Y quién le ha dado permiso para entrar aquí?
¿Usted cree que aquí se entra de esta manera?

EL FOTÓGRAFO

Soy el fotógrafo de “La Voz de Peñaranda”,
de “El Despertar de Cabezón” y de “El Globo
Terráqueo”.

TODOS

¡De “El Globo Terráqueo!” ¡Ah!

EL FOTÓGRAFO

Quiero hacer una fotografía de todos ustedes.

EL DIRECTOR

Si es así, y estos señores se prestan a ello, no hay
inconveniente. Pero aquí no tendrá usted bastante
luz.

EL FOTÓGRAFO

No importa; traigo magnesio. Venimos de prisa
de Madrid. Hemos hecho una fotografía admirable
de la Pelitos al salir del baño. Verdaderamente
sensacional. ¡Qué busto! ¡Qué piernas! ¡Qué ent-
trepiernas!

EL DUQUE

Sí; es una belleza “admigable”.

EL FOTÓGRAFO

También hemos hecho una información de la vida de el Mocordito, en la dehesa que tiene en Sevilla. Creo que podremos dar esas dos fotografías y ésta en el mismo número. ¿Quieren ustedes ponerse más juntos?

TODOS

Sí, señor; muy bien.

EL PADRE RATERA

(Adelantándose y con aire místico.)

Nuestra Compañía es
una Compañía comercial.
Da dividendos al mes
al que le confía su capital.
Defiende con gran tesón
el despotismo patriarcal.
Y lucha de antiguo con
la revolución social.

(El Padre Ratera se retira.)

DON SEVERO

(Adelantándose con decisión.)

La pena de muerte es
la panacea universal.
No hay terapéutica, pues,
tan definitiva y tan radical.

Generalizarla por
la sociedad es un ideal.
La guillotina de vapor
sería una cosa triunfal.

(Don Severo se retira.)

DON ZENÓN

(Adelantándose con aire militar de una, dos, tres.)

La disciplina, para el
noble militar profesional,
es dulce como la miel
y transparente como el buen cristal.
Hay que ser severo con
el que se rebela inmoral,
y más si su rebelión
en vez de bien sale mal.

(Don Zenón se retira.)

EL DUQUE

(Adelantándose indolentemente.)

Sin la “agistocracia” no hay
ni ejecución ni pompa “geal”,
pues damos lustre a la “jai”
“laif” de la vida social.

Ansia de “sabeg” sin fin
nos da una “cultuga genegal”.
Leemos a Proust y a Montepin
y al vizconde de Ponson du “Tegal”.

*(El duque se retira y los cuatro se
ponen en fila.)*

EL FOTÓGRAFO

(Con la cortina negra en la cabeza.) ¿Quieren
ustedes acercarse un poco más al centro? ¡Muchas
gracias! Don Zenón está muy bien. ¿Quiere usted
ponerse el tricornio? ¡Muchas gracias, mi coman-
dante! El señor Magistrado está bien así, con el
birrete, y el padre Ratera, con el libro en la mano
y mirando al cielo místicamente, está estupendo.
Eso es. Un momento. ¿Quiere usted sonreír un
poco, señor juez? Piense usted en algo agradable;
como en una ejecución realizada. ¡Muchas gra-
cias. Ya está. *(Agitando el trapo negro en la mano.)*

Del horrible crimen de
un pueblo antropófago y brutal
no debe quedar más que
una fotografía colosal.
Pienso publicarla en
el mejor periódico local.
Supongo que saldrá bien,
si no sale desigual.

CUADRO TERCERO

La Plaza de Peñaranda del Campo, con su catedral y la casa del Ayuntamiento. Por la callejuela se ve la cárcel con sus centinelas.

Es el mediodía. El sol se derrama por la plaza. En los arcos donde hay sombra pasean algunos señores, dos o tres militares y cruzan algunas criadas. Un autobús se va llenando de viajeros y se prepara para salir; otro, que ha vuelto, está cubierto de polvo. Un chico vocea perezosamente "La Voz de Peñaranda".

EL TÍO PAMPLINAS

Ha hecho usted muy bien, tío Lezna, al dejar el cargo. Ha demostrado usted que es usted un hombre que tiene humanidad, sentido y civilización.

EL TÍO LEZNA

Sí, será verdad; pero desde que he dejado de ser verdugo no gano ni dos reales. Cuando era

verdugo todo el mundo me odiaba y me insultaba, y hasta los chicos me tiraban piedras; pero iba a la tienda con el dinero y me daban lo que pedía. Entonces había bofeteo en casa.

EL TÍO PAMPLINAS

¿Y ahora?...

EL TÍO LEZNA

Ahora pasa lo contrario. No me insultan. Al revés. Algunos me dicen: "Es usted un hombre. Ha hecho usted muy bien"; pero en las tiendas no le dan a uno ni agua.

EL TÍO PAMPLINAS

Hay que sacrificarse por el ideal. Y tú, ¿qué dices, Canelo?

EL CANELO

Yo digo, poco más o menos, lo mismo que el tío Lezna. ¡Vaya una vida que llevaba en la cárcel! Y ahora, ¿qué? Ahora, "na".

EL TÍO PAMPLINAS

¿Y la Milagritos, la doncella de la señora marquesa?

EL CANELO

Se marchó.

EL TÍO PAMPLINAS

Pues si decían que te ibas a casar con ella y que el marqués te iba a dar un empleo.

EL CANELO

Pues nada; todo fueron palabras. Desde que se demostró que yo no era un asesino ni me había comido un pedazo de “la Sinfo”, perdí todo mi interés. Ya no soy nada. Antes era un antropólogo.

EL TÍO PAMPLINAS

Querrás decir antropófago.

EL CANELO

Bueno, me es igual. El caso es que la Milagritos se marchó con su señora al extranjero, y no se acuerda para nada de mí. La Pascuala, que me escribía tan enamorada a la cárcel, ahora ya no me hace caso.

EL TÍO LEZNA

Te pasa como a mí; ya no eres nadie.

EL TÍO PAMPLINAS

¡El Ideal! ¡Hay que sacrificarse por el Ideal! Bueno; yo me voy a casa, que me esperan para comer. Ya sabéis que os felicito a los dos de todo corazón. (*Se marcha.*)

EL TÍO LEZNA

¡Egoísta! ¡Más que egoísta! ¡Se va a comer, pero no nos invita!

EL CANELO

Muchas felicitaciones, pero no hay un cuarto.

EL TÍO LEZNA

Yo no sé qué pasa en este pueblo. No hay botas viejas que componer. Los ricos se conoce que se las componen en otras partes, y los obreros llevan alpargatas.

EL CANELO

Eso es una ley que ha inventado un señor que se llama Don Carlos Marx. Si usted no fuera un ignorante y asistiera usted a los mítines socialistas lo sabría.

EL TÍO LEZNA

Que sea una ley o que no lo sea, a mí me tiene sin cuidado. Lo que no me gusta es que ocurra.

EL CANELO

¿Así que marcha usted mal, “tío Lezna”?

EL TÍO LEZNA

Muy mal.

EL CANELO

Sí; la verdad es que le ha desaparecido a usted la tripa. Tenía usted una tripa que daba vergüenza. Se hubiera dicho que le crecía a usted con grasa de ajusticiado.

EL TÍO LEZNA

¡Quién habló! Tú también estabas gordito en la cárcel, y no parecía sino que la carne de la “Sinfo” te había engordado.

EL CANELO

Ha venido la mala. ¿Cómo anda usted hoy de metales, “tío Lezna”?

EL TÍO LEZNA

¡Mal! ¡Muy mal! Tengo cuarenta céntimos y una perra falsa para toda la vida.

EL CANELO

Yo tengo treinta.

EL TÍO LEZNA

Marcho tan mal que estoy tentado por pedir otra vez la plaza de verdugo.

EL CANELO

No se la darán. Yo estoy también pensando en asesinar a otra Sinforosa y en comérmela.

La mejor opoterapia
es comerse al semejante;
no hay nada tan confortante
en la fisicoterapia.

EL TÍO LEZNA

¡Bah! Tú siempre serás un asesino de camama.

EL CANELO

Y usted, ¿es un verdugo de veras?

EL CANELO

Sí; yo también soy un verdugo de camama

EL CANELO

¿Qué recurso nos queda?

EL TÍO LEZNA

Yo creo que ninguno.

EL CANELO

¿Y si nos hicieramos frailes?

EL TÍO LEZNA

¡Bah! No nos aceptarían. Tenemos pocas condiciones para sacar dinero a los demás.

EL CANELO

¿Y qué le parecería a usted que nos inscribiéramos en el Tercio?

EL TÍO LEZNA

¿Para ir a Marruecos?

EL CANELO

Sí.

EL TÍO LEZNA

Está uno cascado para eso. Ese viaje nos haría ya mal tercio. Además, a mí no me gusta el higo chumbo, chico.

EL CANELO

A mí tampoco. ¿Y si nos suicidáramos?

EL TÍO LEZNA

¿De camama?

EL CANELO

Sí.

EL TÍO LEZNA

Eso no estaría mal. ¿Qué podríamos hacer?

EL CANELO

Podríamos reunir los cuarenta céntimos de usted y la perra falsa con los treinta míos, y marcharnos al “tupi” del “Cigüeño” y tomarnos una raja de bacalao, un pedazo de pan y un vasazo de peleón, que dicen que es veneno, y ¡adentro! ¡A morir!

EL TÍO LEZNA

Chico, me has convencido. ¡Vamos a suicidarnos!

EL CANELO

Eso es, ¡hala! ¡A suicidarnos!

EPILOGO

Salón del Casino de Peñaranda. Es un salón grande que da a la Plaza. Tiene mesas de madera y divanes de terciopelo rojo, que huelen a ratón. Se oye el ruido de las bolas de billar y golpes de las fichas de dominó. En una mesa se ven reunidos don Severo, don Zenón, Martínez y Ballenilla, el profesor de Retórica.

DON ZENÓN

¿Qué le ha parecido a usted el sainete de ayer, don Severo?

DON SEVERO

¿Qué quiere usted que me parezca? Una cosa ridícula, detestable. No comprendo cómo ese Pepito Rubores, que no es tonto, ha podido escribir eso.

DON ZENÓN

Verdaderamente, es horrible. ¡Qué mal gusto!

DON SEVERO

Es canallesco, repugnante, infecto.

DON ZENÓN

Estoy con usted.

DON SEVERO

¿Es que vamos a creer que los golfos, la canalla, son los buenos, y las gentes honradas y de posición, los malos?

MARTÍNEZ

¿Quién ha dicho eso?

DON SEVERO

Eso se desprendía del asunto de la obra de ayer.

MARTÍNEZ

Yo no he visto que se desprendiera nada.

DON SEVERO

Creo que era evidente.

DON ZENÓN

Estoy con usted.

DON SEVERO

Y aún una tendencia democrática a lo Dicenta, estaría, en parte, bien, razonándola; pero aquí no

se trata de tendencias democráticas. Aquí no se trata más que de arrastrar por el cieno a los prestigios de la sociedad.

DON ZENÓN

Sí, señor ; tiene usted razón. Eso debía estar castigado por la ley.

DON SEVERO

Y severamente, sí, señor ; severamente. No digo yo que la pena de muerte estaría bien en estos casos ; pero una pena, proporcionada, la cadena perpetua, la prisión mayor...

MARTÍNEZ

Ya está la corneja.

DON ZENÓN

Y a usted, señor Ballenilla, ¿qué le pareció el sainete de ayer noche ?

BALLENILLA

Absurdo, absurdo ; insolente, obsceno, de mal gusto.

DON ZENÓN

Estoy con usted.

MARTÍNEZ

¿Vulneraba las reglas de la Retórica?

BALLENILLA

Lo vulnera todo... Es sencillamente fatalísimo... Yo comprendo el género satírico..., la vis cómica..., las intenciones demóticas...; pero llevar la literatura a esos excesos es, como digo, fa...ta...lí-si...mo.

DON SEVERO

¿Está usted conmigo, señor profesor?

BALLENILLA

Estoy con usted, señor magistrado.

DON SEVERO

¿Qué quiere usted que hagan esos escritores zarzapastrosos que no tienen principios?

MARTÍNEZ

Ni buena ropa.

DON ZENÓN

Ni disciplina.

BALLENILLA

Que no saben distinguir un pirriquo de un espondeo.

MARTÍNEZ

Nada. No pueden hacer más que disparates. ¿Y de la ejecución? ¿Qué me dicen ustedes de la ejecución?

DON SEVERO

Hombre, a mí la ejecución no me pareció mal.

MARTÍNEZ

(*Aparte.*) A éste nunca le parecen mal las ejecuciones.

DON ZENÓN

A mí me pareció así, así. No están mal esos cómicos.

BALLENILLA

Tienen pocas reglas.

MARTÍNEZ

Sobre todo, los actores. Ellas están mejor en esa cuestión.

BALLENILLA

¿Cree usted?

MARTÍNEZ

Es indudable.

DON SEVERO

¿Quién da ahora?

MARTÍNEZ

Don Zenón. A ver si nos da unos pirriquios mejores que antes.

Itzea, agosto, 1926.



LAS NOCHES
DEL CAFÉ DE ALZATE

La escena se desarrolla en un café de Vera del Bidasoa, en el barrio de Alzate. País vasco. En el mostrador está la Andre Iñasi, de cincuenta y tanto años, gruesa, roja, vestida de negro, con pañuelo también negro en la cabeza. Yendo y viniendo anda la Bashili, una chica de diez y siete a diez y ocho años, delgada, esbelta, muy graciosa, con los ojos claros y brillantes. Lleva cerveza, vino y café a las mesas. El público está formado, principalmente, por aldeanos y carabineros sentados y hablando. En una mesa se juega al mus; en otra hay dos o tres muchachos, medio señoritos, con boína. Uno de ellos, con corbata roja, es seminarista. Es una noche de verano y de sábado. A la puerta hay alguien que toca el acordeón. De cuando en cuando se oye el alta voz de la telegrafía sin hilos.

ALDEANO 1.º

¡Envido a la grande!

ALDEANO 2.º

¡Envido cinco!

ALDEANO 1.º

¡Diez!

ALDEANO 2.º

Quiero.

ALDEANO 3.º

¡Ordago a los pares!

ALDEANO 4.º

No, no quiero.

EL ALTA VOZ DE LA TELEGRAFÍA SIN HILOS

El aria del Conde de Luna del Trovatore por el tenor Papalini.

Il balen del suo sorriso
d'una stella vince al raggio.

CHORROCH

(*Flaco, seco, narigudo y malhumorado.*) ¡Bah!,
no entiende uno nada.

EL ALPARGATERO

(*Con amabilidad.*) No hay necesidad de entender. Se oye y ya basta.

CHORROCH

(*Categoricamente.*) A mí me gusta entender.

BELÁPITO EL SEPULTURERO

(*Flaco y harapiento.*) Así, qué buena vida en esas fiestas.

EL BARBERO

(*Con cara redonda de cura hablando con aire insinuante y de persuasión.*) ¿Buena? Magnífica. Hasta la misma barbería vinieron a buscarnos a los músicos en el autobús. ¡Qué tres días más hermosos! ¡Aj! Por la mañana, a las nueve, un vaso de leche a la cama; luego levantarse y desayunar...; luego a la plaza a tocar..., a las once, el *amaiquetaco*, y después, a la una, a comer... bien, eso sí, bien... A las cuatro, el *lauretaco*..., y a las ocho a cenar...; después a tocar otra vez y luego una cénita de noche.

BELÁPITO EL SEPULTURERO

Vida *manífica*, ¿eh?

EL BARBERO

Ya lo creo. Luego, al concluir la fiesta, hasta la misma barbería me trajeron en el autobús.

BELÁPITO EL SEPULTURERO

¿Y buenas comidas, eh? ¿O sólo como para pasar?

EL BARBERO

No, no; buenas comidas. ¡Aj! Ya lo creo.

BELÁPITO EL SEPULTURERO

Pero, ¿qué os daban?

EL BARBERO

Pues ya verás. El día de la fiesta nos dieron primero dos sopas: una de fideos y otra de pan, luego alubias, después berza con morcilla y pedazos de jamón. ¡Aj!, luego una tortilla a la francesa que pasaba por la garganta como la seda, después cordero con patatas y luego atún con cebolla.

BELÁPITO EL SEPULTURERO

Buena comida... Aj...

EL BARBERO

Había, además, queso... bizcochada... y frutas; sidra, vino y coñac.

BELÁPITO EL SEPULTURERO

Bien habéis andado.

EL BARBERO

Yo ya le decía a Perico el del cornetín: No hay que dejar nada en el plato porque si dejas algo la

cocinera, avergonzada, se va a quedar pensando que no nos gustan sus guisos.

EL ALPARGATERO

Sí, buena precaución es esa. Yo no suelo dejar tampoco nada en el plato cuando como fuera.

EL BARBERO

Si tengo que decirte la verdad... a mí un poco se me resentía el estómago... Un café o dos y un par de copas no lo suelo sentir; pero más, algo de daño me hace.

EL SEMINARISTA DE LA CORBATA ROJA

Oye Bashili, ¿va a cantar García esta noche?

LA BASHILI

Eso dicen.

EL SEMINARISTA DE LA CORBATA ROJA

Si él canta algo, como han dicho, contra las chicas de aquí, yo te escribiré la contestación y la cantarás tú. ¿Te atreverás?

LA BASHILI

Sí, sí; descuida.

(*La Bashili, acercándose a la mesa de Ignacio el albañil. Ignacio es grande, gordo, inflado y sonriente.*) ¿Quiere usted algo?

IGNACIO

Sí, traeme café.

LA BASHILI

(*A Chorroch.*) ¿Usted también?

CHORROCH

Sí, yo también.

IGNACIO

(*A Chorroch.*) Está guapa la Bashili, ¿eh? ¡Aj!

CHORROCH

¡Bah!, yo ni fijarme *hay* hecho.

IGNACIO

¡Hombre! ¡Yo! Fijarme, sí. Una chica guapa siempre está bien.

CHORROCH

¡Bah! ¿Para qué?

IGNACIO

Oye, Bashili, no hagas mucho caso de esos mocosos. (*Señalando la mesa del seminarista.*) Mucha

palabra, pero luego... Más te vale, sí, casarte con Ignacio.

(La Bashili habla y se ríe con una voz un poco ronca y burlona.)

LA BASHILI

(Sirviendo el café.) Yo no me voy a casar. Voy a ir a un convento.

CHORROCH

Sí, de dos en celda.

IGNACIO

(Mirando a la chica tiernamente.) No tendrá vocación para el matrimonio.

CHORROCH

Todas tienen vocación para eso. Más perras son.

LA BASHILI

(Amablemente.) Yo no, Chorroch.

CHORROCH

¡Bah!... Tú como las otras; falsas son todas y a todas les gusta la miel.

(El cerero, con anteojos y con aire severo y pedantesco.)

EL CERERO

(*Al alpargatero.*) No hacen bien en quitar ese Cristo de la plaza. ¡Una imagen tan antigua que siempre hemos visto ahí!

CHORROCH

¡El Cristo ese! No vale nada. De hierro colado es.

EL CERERO

Sí, pero ahí ha estado siempre.

CHORROCH

¡Bah! Eso qué importa.

EL ALPARGATERO

A ver si hace algún milagro, y no quiere marcharse de la ermita.

CHORROCH

¡Ese! ¡Qué va a hacer milagros! Llevarse los cuartos sí, ya se llevará. Ni para chatarra sirve.

EL PEÓN CAMINERO

Para chatarra no, porque es de pórtland.

CHORROCH

¡Qué va a ser de pórtland! Usted no sabe nada de eso. ¡Es de hierro colado! De contrabando lo

trajimos nosotros hace años, y entre el confitero y yo lo *pintemos*.

MÁRTOLO

(*Joven largo estirado, huesudo, narigudo y mal-humorado.*) ¡Hola! *Gabón jaunac* (1).

IGNACIO

¡Hola!

MÁRTOLO

¿No han venido Errotachipi y Zugarramurdi?

IGNACIO

En casa de la Inés deben estar.

MÁRTOLO

¿Y Marrantha?

IGNACIO

Marrantha sí, ya ha venido.

CHORROCH

(*A Márto.*) ¿Qué dicen ahora, que en la cantera ha aparecido una mina de *biamantes*?

(1) Buenas noches, señores.

IGNACIO

¡*Biamantes!* ¡Ja... ja!... ¡Qué fantasiosos son en estos pueblos!

MÁRTOLO

¡En estos pueblos! ¿Usted, de dónde es?... si se puede saber.

IGNACIO

Yo, guipuzcoano soy; de cerca de *Erregil*.

MÁRTOLO

Ya conozco también esa tierra.

CHORROCH

De ahí, de Guipuzcoa, no ha venido aquí ni aire bueno ni persona honrada... Yo lo puedo decir... porque también soy guipuzcoano.

MÁRTOLO

No es verdad eso. La gente de allí es gente fina.

IGNACIO

Mi caserío corresponde a *Erregil*. (*Señalando con el dedo grueso en la mesa.*) Aquí está Machín Venta. ¿Eh? A la derecha *Erregilla*, ¿eh? A la izquierda *Urrestilla*. ¿No es eso? Pues yo de aquí,

cerca de Machín Venta. (*Marcando con el índice un punto en la mesa.*)

(*Dos comisionistas serios, morenos, uno viejo y otro joven, hablando en un castellano de Valladolid.*)

COMISIONISTA 1.º

Perdone usted que le diga, don Juan; pero usted no debe dirigirse a esa muchacha.

COMISIONISTA 2.º

¿Por qué?

COMISIONISTA 1.º

Porque usted es ya viejo y esa muchacha no puede quererle a usted.

COMISIONISTA 2.º

Eso lo sabré más tarde. Yo entiendo que la inclinación es siempre respetable y que tiene un fondo plausible.

COMISIONISTA 1.º

Se va usted a llevar un desengaño, don Juan. Los hombres viejos, como usted, son ineptos para ciertas cosas.

COMISIONISTA 2.º

¡Demonio! Yo no soy tan viejo... ni tan inepto.

COMISIONISTA 1.º

Sí, don Juan, no se da usted cuenta de su ineptitud.

COMISIONISTA 2.º

¡Muchas gracias!

COMISIONISTA 1.º

Los hombres viejos, como usted, deben buscar una mujer ya formada, sentada, para no llevarse después un disgusto. Ya ve usted, yo tengo veinticinco años y la corro con mujeres de todas clases, yo no busco por ahora una compañera, voy de flor en flor; soy como la mariposa. Cuando esté harto de placeres me casaré; pero no con una mujer frívola. A esas mujeres frívolas las desprecio.

IGNACIO

(*Dando puñetazos en la mesa y riendo a gusto.*)
Ja... ja... ja... Estos *belarri mochas* (1) ¡qué fantásticos son!

LA BASHILI

(*Al seminarista de la corbata roja.*) Ya ha venido García con la guitarra. Pedro Mari le ha puesto la silla. Ahora va a cantar.

(1) «Belarrimochas», orejas cortas o castellanos.

CHORROCH

(A Márto.) ¿Pero hay o no hay *biamantes*?

MÁRTOLO

(De mal humor.) *Biamantes* yo no sé si hay, pero piedras sí.

IGNACIO

¡*Biamantes*! ¡Qué fantasiosos!... ja... ja... ja...

LA VOZ DE GARCÍA

(Canta en la calle, acompañándose con la guitarra y con aire de jota.)

Las muchachas de este pueblo
todas son muy pintureras,
se peinan a *lo garçonne*
y llevan medias de seda.

Hay algunas muy bonitas
Hay otras que son muy feas
Como si hubieran nacido
Con la vocación de suegras.

CHORROCH

Ya está ahí ese *belarrimocha*.

IGNACIO

Ya dirá cosas graciosas ese hombre, ya.

LA VOZ DE GARCÍA

Son muy majas el domingo
o cuando van a una fiesta
con taconcitos de a cuarta
y moviendo las caderas.

Se dan carmín en los labios,
se saben pintar ojeras
y se ponen tanta harina
como si fueran croquetas.

Tanto blanco y tanto rojo
en este pueblo se emplea
que un molino de colores
van a poner en Estegra (1).

CHORROCH

No está mal, ¿eh? No está mal ese *belarrimocha*.

IGNACIO

Sí, ése ya dirá cosas graciosas. Ya dirá.

LA VOZ DE GARCÍA

Estas niñas elegantes
que los domingos y fiestas
van con escotes muy bajos
y enseñando media pierna
andan en los demás días

(1) Carretera entre Vera y Alzate.

hechas unas maripuercas
trabajando como mulas
en los campos y en las huertas.
Llevan el carro de bueyes,
van sin zapatos ni medias
y recogen el estiércol
de los hombres y las bestias.

Yo a nuestro Señor le pido,
si he de tener compañera,
que no perfume de estiércol
la cocina o la despensa.

*(Se oyen algunos aplausos y risas en la calle.
Todos los del café se miran un poco sorprendidos.)*

CHORROCH

A mí cosas de maqueto me parecen esas. ¿Pues qué? ¿Las mujeres no van a trabajar? Entonces no se puede vivir.

MÁRTOLO

Claro, todos tenemos vaca y cerdo y un poco de huerta. Si cuando uno está en la fábrica o en el contrabando la mujer no trabaja, entonces, *acábo*.

CHORROCH

Y si está uno un poco bebido, ¿quién va a trabajar?

IGNACIO

Esas son tonterías de castellanos. Trabajando y todo casado no se puede vivir. Yo por eso no me he casado. Nunca fiando. ¡Eh! Nunca fiando. Ahora, si fuera verdad esas minas de *biamantes* entonces sí, ya me casaría. Con la Bashili me casaría.

CHORROCH

Sí, si ella quisiera; pero... mucha tripa tienes tú para casado.

IGNACIO

Ya se me quitaría; boticas y así ya hay para quitar la gordura.

CHORROCH

Boticas. ¡Qué va a haber! Mentiras son todas esas.

IGNACIO

Y si no se le quitaba a uno la gordura, ¿qué? A algunas mujeres ya les gustan los gordos.

CHORROCH

Sí, si tienen dinero.

IGNACIO

(*Irónicamente.*) Además, que uno tiene gordura fina.

(Mientras se ha oído la canción de Garcia, el seminarista de la corbata roja ha estado escribiendo en la mesa. Luego, al cabo de un rato, llama a la Bashili y le da el papel. Ella lo lee disimuladamente, va y viene y en un momento sale a la trastienda del café.)

ALDEANO 1.º

Ordago a la grande!

ALDEANO 2.º

No quiero.

ALDEANO 1.º

¡Ordago a la chica!

ALDEANO 2.º

No quiero.

ALDEANO 1.º

¡Ordago a los pares!

ALDEANO 2.º

No quiero.

ALDEANO 1.º

Juego no. ¡Demonio! ¡Arrayúa!

ALDEANO 2.º

Yo tengo juego. Treinta y una. He ganado.

(*Se oye la voz de la Bashili que canta con el mismo aire de jota que García.*)

LA VOZ DE LA BASHILI

Hay en el barrio de Alzate
un caserón grande y feo
donde están amontonados
los hombres como borregos.
La conejera le llaman
y hay más críos que conejos,
pues cada pareja tiene
una docena lo menos.

IGNACIO

¡Vaya un modo de señalar!

MÁRTOLO

A los *elzegus*. (1)

IGNACIO

Esto lo ha inventado el semicura de la corbata roja. Es malo ese condenado.

(1) Gente que se pone al lado del fuego, como los pucheros.

LA VOZ DE LA BASHILI

Son en la calle elegantes,
muy pinchos y pintureros,
porque son la flor y nata
de asturianos y gallegos.

Van con el chopo por gusto,
duermen por gusto en el suelo
y es sólo por afición,
que llevan vida de perros.

IGNACIO

¡Ja!... ¡ja!... ¡Qué malo es el seminarista!

CHORROCH

Tiene razón. Estos *belarrimochas* son muy fantásticos de los que tienen minas de *biamantes*.

LA VOZ DE LA BASHILI

Son de pueblos muy bonitos,
son de muy bonitos pueblos,
y en sus casas han tenido
veinte criados lo menos.

No les gustan las muchachas
que trabajan como obreros,
pues conocen de la Corte
los amores palaciegos.

Dicen que somos muy feas
y muy llenas de defectos
y ellos traen unas mujeres
que parecen unos pencos.

UN CONTRABANDISTA

¡Bien, Bashili, bien!

LA VOZ DE LA BASHILI

Dicen que andamos con bueyes,
que cogemos el estiércol,
y ellos en su conejera
viven hechos unos...

EL SARGENTO DE LA GUARDIA CIVIL

(Que entra bruscamente en el café.) ¡Buenas
noches! ¿Quién está alborotando así la calle?

LA ANDRE IÑASI

*(Pronunciando con mucha fuerza las conso-
nantes.)* La chica es, que está cantando ahí mientras
lava los vasos.

EL SARGENTO

¿Pero usted, señora, se ha percatado de lo que
canta?

LA ANDRE IÑASI

¡Percatado!... ¡Jesús! Yo no sé lo que es eso.

EL SARGENTO

Digale usted que calle.

LA ANDRE IÑASI

(*Con voz aguda.*) ¡Bashili!

LA BASHILI

(*Con voz más aguda.*) ¿Qué?

LA ANDRE IÑASI

Que vengas y que no cantes más. (*Entra la Bashili.*)

EL SARGENTO

(*A la chica.*) ¿Quién le ha enseñado a usted esa canción?

LA BASHILI

(*Haciéndose la tonta.*) El otro día la oí. Unos chicos de Irún la cantaban.

EL SARGENTO

¿Tiene usted algún papel con esos versos?

LA BASHILI

Yo, no.

EL SARGENTO

Pues no se canta más esa canción.

LA ANDRE IÑASI

¿Y qué tiene esa canción?

EL SARGENTO

Que habla contra la milicia, contra el ejército.

LA ANDRE IÑASI

¿De verdad? ¡Jesús, María y José! (*Se persigna.*)

EL SARGENTO

Sí. Es una canción sediciosa.

LA ANDRE IÑASI

Jesús, Dios mío! Aturdida me deja usted.

EL SARGENTO

Que no la cante más.

LA ANDRE IÑASI

No, no la cantará, no tenga usted cuidado. ¡Jesús, María y José! (*Se vuelve a persignar.*)

EL SARGENTO

¿Quién es el que ha dicho: ¡Bien, Bashili!

LA ANDRE IÑASI

(*Haciéndose la tonta.*) ¿Eso han dicho? Yo no le he oído... la verdad... no me he... percatado.

MÁRTOLO

(*En voz baja acercándose a Errotachipi.*) ¿Los neumáticos?

ERROTACHIPI

Ya se han metido.

MÁRTOLO

¿Las dos vacas?

ERROTACHIPI

También se han metido en el caserío.

MÁRTOLO

¿Y las botellas de Champagne?

ERROTACHIPI

Ya están en la posada.

IGNACIO

(*Al sargento.*) Perdonar si hemos faltado. Si hemos faltado, sin querer habrá sido.

EL SARGENTO

Bueno, está bien. Aquí no ha pasado nada. Vamos a acostarnos, que ya es hora.

EL SEMINARISTA DE LA CORBATA ROJA

(*A la Bashili.*) ¿Ya podremos vernos mañana?
¿Irás por Estegra?

LA BASHILI

Sí.

CHORROCH

Bueno, vamos al catre. Estas noches de calor no se duerme bien. Es una porquería.

EL ALGUACIL

¡Eh! Ya es hora de cerrar.

EL ALTA VOZ DE LA RADIO

El aria de bravura de Rigoletto, por el tenor de la Scala de Milán Baldasare Arrigone.

La costanza tiranna del Core.
Detestiamo cual morto crudele
Sol chi vuole si servi fedele
Non v'ha amor se non v'e libertà.

FIN

Itzea, junio 1927.



YAN - SI - PAO

o

LA ESVÁSTICA DE ORO

A LA MISMA AMIGA

Quizá encuentre usted, mi querida amiga, que este Yan-Si-Pao de mi historia LA ESVÁSTICA DE ORO no es más que un vasco disfrazado y con careta de chino. No importa gran cosa. Los pocos chinos que uno ha encontrado en su vida me han asegurado, casi jurado, por la fe de Buda y de Confucio, que todos los tipos del Extremo Oriente pintados e ilustrados por los autores europeos, son un puro lugar común, una silueta falsa y amanerada, un cromo para una pantalla.

Si es así, ¿qué importa que el chino que uno presente bajo el fanal sea un vasco, un bretón, u otro cualquier europeo disfrazado?

I

UNA CONVERSACIÓN EN UN CLUB

Hace ya algunos años, en el club de Saint-James, de Londres, club de *sportmen* y de diplomáticos, nos reunimos alrededor de una mesa varias personas.

Nos había convidado a cenar un escritor inglés hispanófilo, autor de varios trabajos muy documentados de historia y erudición. Eramos cinco: el anfitrión, un aristócrata, un médico de la marina de guerra, ambos españoles; un diplomático sueco que volvía de haber representado a su país en Méjico y yo.

Después de hablar largamente el diplomático, contó, cómo en el tiempo en que él había vivido en la República mejicana se iban hallando varios monumentos antiguos de los indios, creo que de los aztecas, decorados con la cruz esvástica.

El anfitrión explicó con grandes detalles todo lo que se decía en los libros de la cruz esvástica.

Dijo cómo para unos era un signo mágico; para otros, una pura forma decorativa que procedía de la combinación de dos trozos de una greca.

Nos habló de la *svástica* y de la *suástica*, la misma cruz gamada diestra y siniestra, que según los indios del Asia, representan, una, la buena, y la otra, la mala suerte. Nos dijo igualmente cómo esta cruz comenzaba a ser una insignia antisemítica en Alemania.

Para él, la esvástica era al mismo tiempo el símbolo del movimiento y el símbolo del sol como el triskele.

Se habló también, incidentalmente, del lábaro romano y de la visión de Constantino. Entonces, yo intervine y dije que este signo debía de ser vasco e importado por los vascos a Roma.

La palabra lábaro, afirmé yo, puede proceder de la vasca *lauburu*, cuatro cabezas o cuatro puntas, como decía el padre Larramendi.

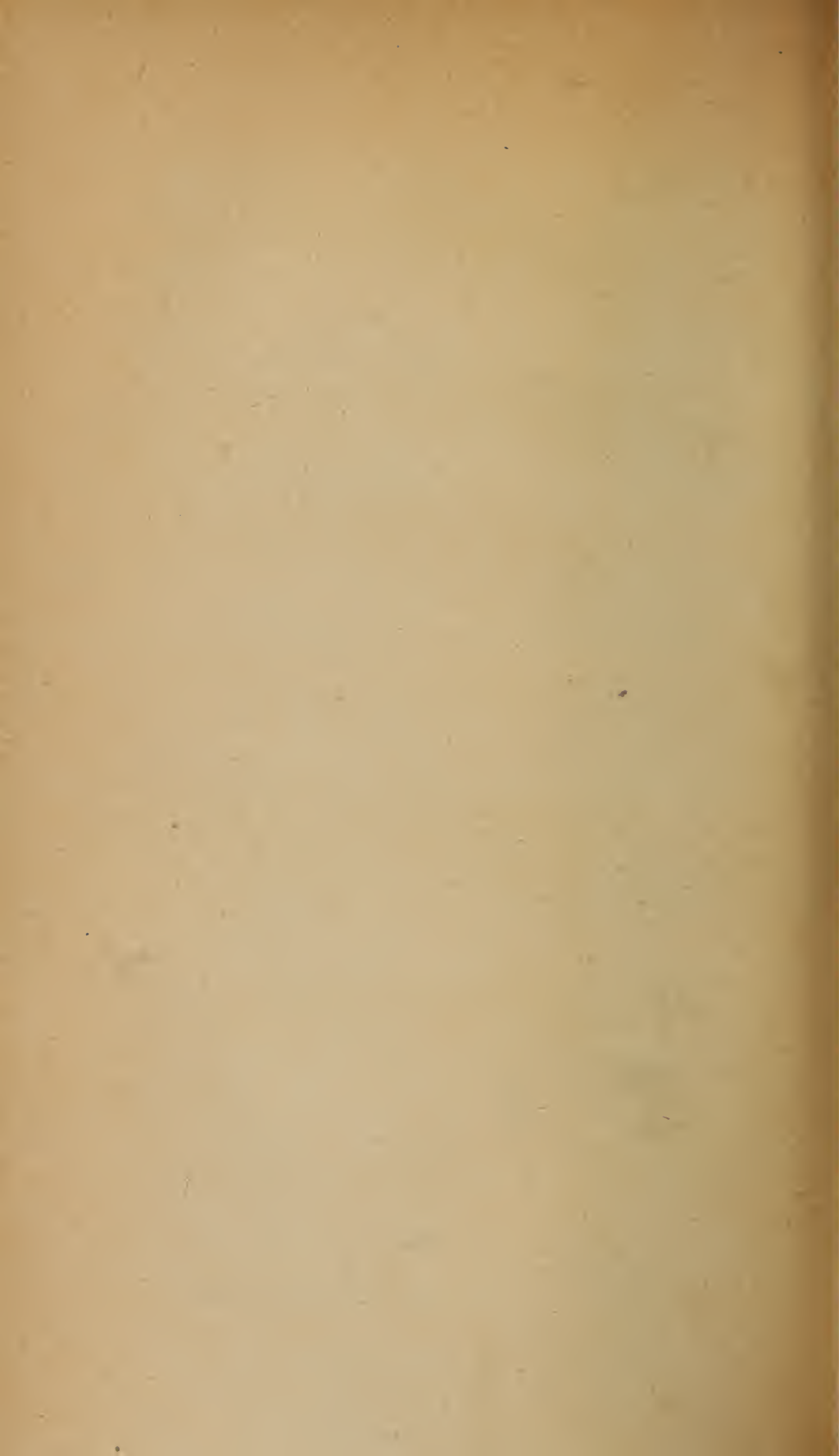
El escritor inglés, aceptando la etimología vasca, dijo que la esvástica y el lábaro aparecían en casi todas las partes del mundo y habló de la hipótesis, un poco fantástica, de Toussenel, quien suponía que Constantino habría visto una cigüeña volando por el aire, lo cual le había dado la impresión de la cruz.

Mientras nosotros conversábamos, el médico de la marina de guerra sonreía.

Era éste buen tipo, alto, afeitado, con los ojos claros, la tez limpia, el pelo canoso, el óvalo de la cara alargado y el cuerpo esbelto a pesar de su edad.

El tal médico llevaba unos años en Londres agregado a la Embajada y había estado en Filipinas en tiempo de nuestra guerra colonial.

Durante la conversación, el médico asintió a lo que decíamos los demás, añadiendo él pocas palabras.



II

EL CHINO CENTENARIO

Algunos días después, al tomar el ómnibus en Oxford Circus—todavía había ómnibus de caballos en Londres—vi al médico de la Armada. Iba elegantemente vestido, llevaba traje claro, gris, pantalón y chaleco del mismo color y una violeta en el ojal.

El médico iba en compañía de un viejo raro, arrugado. Este viejo raro, mirándole despacio, me pareció que tenía algo de chino. Hablaban los dos español y el viejo decrepito pronunciaba las erres como eles.

Años después encontré al médico en Biarritz, en compañía de un escritor inglés, viajero y ensayista.

Hablamos de varias cosas, y de repente recordé

a aquel viejo con quien había visto al médico hacía años en el ómnibus, en Londres, y le pregunté :

—¿Quién era aquel hombre, aquel viejo raro y arrugado con quien le vi a usted en un ómnibus un día en Londres?

—¿Le chocó a usted?—me preguntó el médico, sonriente.

—Sí me pareció un tipo bastante extraño.

—Y lo era. Un hombre de vida curiosa.

—¿Tenía algo de chino?

—Sí.

—¿Quién era?

—Este hombre era dueño de una tienda de flores de Charing Cross Road, que se llamaba El Loto. Le conocía de haberle visto en una tertulia que precedió a los dos o tres intentos de clubs españoles que hubo en Londres, hasta que este intento se realizó al fin en Cavendish Square.

—¿Era español?

—No. Ahora, que había vivido en Filipinas y hablaba castellano. Yo le visitaba como médico.

—¡Hombre!

—Sí; una noche me llamaron a ver a un enfermo a Old Compton Street, cerca de Soho Square; fuí a un piso bajo y me encontré con que el enfermo a quien tenía que ver era el dueño de El Loto, la tienda de flores de Charing Cross Road. El enfermo estaba asistido por dos mujeres viejas y sordas. Lo reconocí y lo ausculté. Tenía una bronconeumonía de viejo, poca tos, poca fiebre, falta

de fuerzas. Al descubrirle el pecho y la espalda me chocó lo arrugado y terroso de la piel.

—¿Cuántos años tiene usted?—le dije.

—Médico no *necesital*—contestó el enfermo con voz apagada.

—¿Cómo?

—Que no *hashe palta decil* la edad.

—Bueno, bueno. Está bien. Si no quiere usted decirme su edad, no me la diga.

El enfermo llevaba en el pecho un escapulario extraño, por un lado con una Virgen del Carmen y por el otro lado con una esvástica de oro.

En los días sucesivos que fuí a visitarle le preguntaba:

—¿Qué tal? ¿Cómo está usted hoy?

—*Peol*—me contestaba él con aire enfadado, y añadía—: Chino está *peol*.

A los siete u ocho días el aire comenzaba a entrar en el pulmón de aquel organismo decrepito.

—Ya empieza a entrar el aire en el pecho—le dije—. Esto mejora.

—No basta—contestó él—. Hay que *culal, culal*.

A las dos semanas no pudo decir que estaba *peol* y reconoció que se encontraba bien, pero que le faltaban *fuelzas*.

—Ya vendrán las fuerzas, ya vendrán.

Entonces tenía riñas con las dos sordas que le servían, porque no le daban el caldo a tiempo o no cerraban las puertas.

Por fin se levantó y me dijo que el vil gusano de

tierra miserable y desvalido, inutilizado por la edad y los achaques, se hallaba ya mejor gracias a la omnipotencia divina y a la sabiduría médica que yo había desplegado.

Todo esto me lo dijo como quien recita una lección aprendida de memoria.

Me pagó las visitas espléndidamente y me envió de regalo unos cuantos tiestos de flores rarísimas.

Fuí a verle, a charlar con él y a darle las gracias. Le encontré vestido con una bata amarilla en un gabinete con muebles chinos preciosos y una colección de figuras de porcelana de Buda y de Confucio, verdaderamente magníficas.

Muy sonriente y comunicativo el florista me dijo que se llamaba Yan-Si-Pao, cuyo nombre parece que significa en chino el pequeño tesoro. Me dijo que era de origen mongol y que había nacido en Pekín y pertenecido a la Marina de guerra del Celeste Imperio hacía ya más de ochenta años.

—¡Ochenta años! No es posible. Aunque usted debe de ser muy viejo.

—Sí, sí... Soy muy viejo, muy viejo... ya lo creo.

Y Yan-Si-Pao se echó a reír.

—¿Por qué no me dijo usted exactamente su edad cuando estaba enfermo?

—Yo no quise *decirle* a su *señoría* mis años. No hubiese *quélido culalme*.

—¿Por qué no?

—*Polque* no. No hubiese *quélido*, no, no. Hu-

biese dicho: Chino ya no *puede vivir*, cosa *peldida*, cosa *peldida*—añadió riendo, pensando que me había engañado.

—Pues ¿cuántos años tiene usted?

—Ciento nueve o ciento diez años.

—Pero ¿es posible?

—Sí, sí es *verdad*, *verdad*. Soy muy viejo, muy viejo, muy *matandá*.

El me lo decía a mí porque sabía que los médicos *castilas* eran honrados y muy buena gente. Si en una persona se reunía como en mí el ser médico, *castila* y marino, para él tenía todas las garantías posibles.

Le pregunté a las dos viejas sordas que le cuidaban:

—Pero ¿es verdad que el amo de la casa es tan viejo?

—Sí, sí. Es muy viejo. Nosotras éramos niñas y vivíamos en Albay, y el señor Yan parecía tan viejo como ahora, y todos decían que era un chino *matandá*.

—Y ¿qué es *matandá*?

—Anciano.

—Y ustedes, ¿qué edad tienen?

—Yo tengo setenta y cinco años, y mi hermana tiene ochenta.

Debía de ser cierta la longevidad extraordinaria de Yan-Si-Pao.

Al año siguiente el florista de Charing Cross Road me llamó porque se hallaba enfermo con otra

bronconeumonía. Sucedió lo mismo. Mientras estaba en tratamiento decía con cara de mal humor:

—Estoy *peol*, *peol*. Chino está *peol*.

Y al curarse apareció radiante, todo lo radiante que podía estar él con aire de malicia y de satisfacción.

Me dijo lo mismo con idéntico aire de lección aprendida que la otra vez, que Yan-Si-Pao, a quien la petulancia de sus padres había llamado el pequeño tesoro, era un vil gusano de tierra, un miserable insecto, un cuerpo lleno de achaques y de años, corroído por todas las lacerias, y que gracias a la omnipotencia divina y a la sabiduría desplegada por mí se había curado.

Nos hicimos muy amigos el viejo Yan-Si-Pao y yo. Solía ir yo casi todas las tardes a su tienda de flores. Allí conocí a un chino dependiente de la casa, llamado Li-Ju-Chung, que había estado también en Filipinas y que hablaba español.

El amo, el señor Yan, le trataba muy mal, le reñía en chino y a veces en castellano. Le llamaba *glanuja*, *peldido*, *sinvelgüenza*, y aseguraba que le calentaría las costillas. Tenía una energía que para un hombre de ciento diez años no era, indudablemente, vulgar.

Tanto las dos sordas como Li-Ju-Chung aseguraban que el amo, aquel chino *matandá*, tenía un carácter imposible y que siempre estaba dando mucha guerra.

Yan-Si-Pao vivía, como he dicho, en Old Com-

pton Street, cerca de su tienda de flores, no muy lejos de Soho Square, en un piso bajo lleno de ídolos. Como era asmático, no quería subir escaleras.

Una vez el dependiente Li-Ju-Chung me habló de su patrón con malicia.

—Pregunte su *señoría* su vida a mi amo chino Yan-Si-Pao, ja, ja, ja... El se la *contalá*. Ha sido *malino*, como usted.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, y *pilata*, y ha tenido mucha *suelte*, ja, ja, ja... Pero chino Yan-Si-Pao, el Pequeño Tesoro, es muy *matandá* y tiene miedo a los diablos y a los *espilitus* del Yan Feuty y del Fong Schui, ja, ja, ja...

—Y ¿por qué?

—Chino Yan-Si-Pao, él mismo lo ha dicho. ja, ja, ja..., tenía una amiga que era una bruja, conocida de su madre, que se llamaba Schelomare... ja, ja, ja, que le *aseguló* que tres diablos del Fong-Schui se le *apalecelían* a la hora de la *muelte* sonando.

—Y sonando ¿por qué?

—Porque son *espilitus* del viento, ja, ja, ja, y entonces el *anting anting* que lleva en el pecho se le *peldelía*..., ja, ja, ja, y chino Yan-Si-Pao, el Pequeño Tesoro, ja, ja, ja..., tiene miedo, ja, ja, ja. Sí, tiene miedo, mucho miedo a *molil*, ja, ja, ja..., porque es ya muy *matandá*.

Por lo que ví, el dependiente Li-Ju-Chung no

tenía sentimientos muy cordiales para su patrón. A las dos viejas sordas que le cuidaban les ocurría lo mismo. Estaban, sin duda, cansadas de la guerra que daba aquel hombre.

III

YAN-SI-PAO, EL PEQUEÑO TESORO

Un día que mi amigo Yan-Si-Pao estaba, sin duda, de buen humor, me contó su historia.

El padre de Yan-Si-Pao era comerciante de Pekín, en la villa china, a principios del siglo XIX.

Sabido es que Pekín está formado por la reunión de dos cuadriláteros yuxtapuestos, ambos rodeados de altas murallas. El más grande encierra el palacio y la población tártara; el otro, la ciudad china y comerciante. Tienen estos cuadriláteros cerca de ocho kilómetros de largo por seis de ancho. Las murallas de la ciudad tártara son un poco más altas que las de la china. Ambas tienen un revestimiento interior y exterior de ladrillos con tierra en medio.

No creo, mi querida amiga, que pueda usted hacer objeción alguna a estos conocimientos sobre Pekín. Son auténticos, no muy profundos, ciertamente, pero lo bastante para dar la sensación, que decían, hace treinta años, los modernistas.

* * *

El padre de Yan-Si-Pao era un comerciante de origen mongol, llamado Wang-Chu, dueño de un gran bazar de telas y de pieles, en la ciudad china. Este Wang-Chu tenía un hermano, militar de alta graduación, Taotai, que vivía en una de las anchas calles que atraviesan la villa tártara de Pekín, de Este a Oeste.

Dos o tres años antes del nacimiento de Yan-Si-Pao, Wang-Chu, que había quedado viudo, se dedicó a hacer grandes viajes; estuvo en la Corea, en el Japón, y una de las veces fué a la Siberia, hasta Okhotsk, en barco, y de aquí avanzó hasta el país de los yakutas, con la idea de comprar pieles. Llegó hasta el mismo Yakuts.

Los yakutas son una rama del pueblo mongol; son altos, de rasgos más regulares y finos que los otros siberianos, y tienen la piel más blanca. El nombre de yakutas parece que se lo dieron los rusos. Ellos se llamaban antiguamente *zinzachas* o *zinzogelocks*, del nombre de un príncipe. En su origen estaban unidos a los *bratli*, gran tribu del

lago Baikal, y se separaron de ellos para establecerse a orillas del río Lena.

Su religión tiene muchas analogías con la de las demás tribus siberianas. Ofrecen sacrificios a un ser invisible, del cual cada tribu posee una imagen formada por un saco que representa el cuerpo, y una enorme cabeza tallada en una calabaza que sobresale fuera del saco.

Un saco que hay que llenar, y una bola hecha con una cucurbitácea en forma de testa parece, más que una divinidad, el símbolo de la mayoría de los hombres.

* * *

Esta frase me figuro que la va usted a encontrar de mal gusto, mi querida amiga, pero tiene su filosofía, y no la quiero borrar. El que sea algo más que un saco con una bola fuera, que proteste.

* * *

Para los yakutas todos los árboles son sagrados, y los decoran con alhajas. Algunos, como los tunguses, tienen ídolos esculpidos.

Los yakutas se dedican, principalmente, al comercio de pieles. Es gente tranquila, laboriosa y de un gran talento natural para los negocios.

Entre los yakutas, el matrimonio se hace por

compra. Wang-Chu conoció en su viaje a una muchacha rubia que había sido bautizada y que le gustó.

La familia pidió por ella una dote de ochenta renos. Wang-Chu aceptó, se casó y volvió con su mujer a Pekín.

Esta mujer bautizada se llamaba Felicidad. Tanto ella como su marido, a pesar de aceptar oficialmente la religión de Buda, creían en muchas supersticiones mongólicas.

Sabido es que en China hay tres sectas religiosas importantes: la confucionista, la budista y la taotista, que se aceptan unas a otras, y que no luchan entre sí. En cuestiones de religión el chino ha sido siempre más civilizado que el europeo.

* * *

Supongo que esta última frase, un poco del siglo XVIII, le va a parecer a usted muy mal, mi querida amiga; pero, ¿qué quiere usted? Yo pienso así y pensaré siempre, probablemente.

* * *

Wang-Chu era un hombre un tanto inclinado a la magia y creía en Acharay Rioho y en los diablos del imperio Mang-taar.

Wang-Chu se reunía con algunos chamanes de su país, que conjuraban los diablos.

Wang-Chu y Felicidad tuvieron dos hijos; el mayor, comprendiendo la superioridad de China, se sintió sedentario comerciante y chino; el segundo, Yan-Si-Pao, mostró gustos aventureros y una gran simpatía por cuanto fuera mongólico y una cierta curiosidad por las costumbres bárbaras de los europeos.

Como su padre y su madre tenían una religión pública y otra privada, Yan-Si-Pao se inclinó a esta última y consideró los ídolos mongólicos como sus dioses.

Su tío el jefe mongol Taotai, que vivía en una de las hermosas casas de la ciudad tártara, le manifestó gran simpatía y constantemente el joven atravesaba la puerta de Hata-men para ver a su pariente.

Yan-Si-Pao tenía una buena educación. Cuando hablaba con alguno le llamaba siempre sabio, excelente, inteligencia privilegiada, luz del sol que iluminaba el mundo. En cambio, a sí mismo se calificaba de vil gusano, de pobre insecto, de lombriz, de miserable, inepto y desvalido.

Yan-Si-Pao, decidido a no ser comerciante, entró en la Escuela de Náutica.

En este tiempo en las escuelas chinas no se enseñaba ni la Geografía ni la Astronomía. Parecía una impertinencia, y quizá lo fuera, escrutar las alturas de donde procede el Emperador, el Hijo del Cielo,

y respecto a la Geografía, los mapas se consideraban peligrosos y propicios para las traiciones brutales que podían preparar los rojos y crueles bárbaros de Occidente.

* * *

Aquí no había más remedio que dar una ligera impresión de chinismo y de antioccidentalismo, para que el público que le lee a uno no pudiera sospechar que el autor es un farsante.

* * *

Generalmente, los bachilleres que aspiraban a ser militares y marinos de guerra eran jóvenes holgazanes de familias influyentes.

Yan-Si-Pao llevó una vida alegre entre la juventud dorada; fué a cenar a los restoranes de la villa china; asistió a comidas de sesenta y ochenta platos; habló de literatura con las hetairas, y jugó a la morra después de comer.

Con estas costumbres dispendiosas gastó mucho dinero a su padre, que se alegró bastante al ver que su hijo entraba en un barco de guerra y se dirigía a Shanghai y después a Hong-Kong.

IV

LA PRINCESA INDIA

Doce meses después de entrar en la Marina estaba Yan-Si-Pao a bordo del *Kilin*, en las aguas de Hong-Kong.

La ciudad de Hong-Kong, cuyo verdadero nombre es Chiang-Kiang, que significa aguas perfumadas, acababa por entonces de ser cedida a Inglaterra. Así la barbarie europea va haciéndose dueña del mundo.

Con este motivo de la instalación de los ingleses, Hong-Kong era un pueblo que se encontraba en plena agitación. Hubo un pastelero que quiso envenenar a los ingleses, pero se engañó en la dosis y en la acción del tóxico y no pudo conseguir su intento.

Había por entonces en Hong-Kong grandes barcas, juncos chinos adornados con molduras doradas

y pintados de varios colores, con altos alcázares de proa y de popa.

Había también *champanes*, pequeñas embarcaciones destinadas al tráfico de pasajeros, gobernadas por jóvenes chinas.

Yan-Si-Pao, que no sentía ese patriotismo exclusivo y grosero de los europeos, tenía amistades entre los oficiales de Marina inglesa, a los que conocía porque muchas veces, lo mismo en las proximidades de Hong-Kong, que en la bahía de Cantón, tenía que unirse con su barco a los barcos ingleses para proteger de los piratas la infinidad de islas del mar del Sur.

Una vez Yan-Si-Pao estaba de licencia y llevaba tres días de francachela; paseaba por Hong-Kong y contemplaba las nuevas construcciones que estaban comenzando a hacer los ingleses, había mirado desde un coche la espléndida vista de la bahía desde *Bowen Road* con la línea de montes en el fondo, los buques de guerra ingleses y las lanchas y juncos chinos, todo brillando al sol, y había comido opíparamente en varios restaurantes y bebido un poco de más.

Un día, después de cenar y de pasearse, tuvo la mala ocurrencia de ir a una casa de té, que era al mismo tiempo casa de juego y fumadero de opio.

Jugó, perdió, y para consolarse de su pérdida fumó una pipa de opio.

Estuvo algunas horas durmiendo, no supo cuántas, hasta que despertó y salió a pasearse a orillas

del mar, con la idea de refrescarse la cabeza y después marcharse a su barco.

Era ya al amanecer; el mar brillaba plateado a la luz de la luna.

De pronto se encontró con una mujer que le preguntó por una villa.

Por su aspecto, su color y sus velos blancos, a Yan-Si-Pao aquella mujer le pareció una india.

* * *

Una india, generalmente, es una mujer de color de limón, con los ojos en forma de almendra y la cara de una seriedad un poco siniestra.

El autor no siente gran entusiasmo por estas mujeres amarillentas y espectrales, pero reconoce que tienen su aspecto.

* * *

El marino se quedó mirando atentamente a la mujer, sin decir palabra. Ella le volvió a hacer la pregunta y él contestó sonriendo y haciendo un ademán negativo. Ella le preguntó entonces si la podía acompañar. Yan-Si-Pao contestó que sí.

El joven marino tenía una incoordinación de ideas producida por el opio, y no sabía lo que decía. A cada paso se reía un poco, estúpidamente.

La mujer hablaba el inglés.

—¿Eres chino?—le preguntó a Yan-Si-Pao.

—Soy chino de nación, pero no de raza. Mi padre es tártaro; mi madre, siberiana y cristiana.

—¿Cómo te llamas?

—Yan-Si-Pao.

—¿Qué quiere decir?

—El pequeño tesoro. ¡Qué risa! Soy un tesoro de bajezas.

—¿Por qué?

—Así es. Me conozco.

—¿Es que has fumado opio?

—Sí.

—Yan-Si-Pao, Pequeño Tesoro, no lo debes tomar; te costará la vida.

—¿Qué importa? Se muere uno antes o después. Es lo mismo. La vida no vale la pena.

—¿Tan desesperado estás?

—No, pero esa es mi opinión.

La mujer le pidió que le diera el brazo; la perseguían. Era una dama de treinta y cinco a cuarenta años, delgada, de aire marchito, con los ojos grandes y rasgados y el color pálido.

Fueron andando así durante algún tiempo.

La mujer le indicó que se parecía a un hijo suyo muerto. Añadió que estaba casada con un príncipe indio y separada de él. Volvió a insistir en que la perseguían.

Llegaron a una villa y la mujer le dijo:

—Espera a que salga el sol para salir a la calle. No vayan a querer atacarte al salir.

—¡Bah! No hay miedo. ¿Quién me va a atacar?

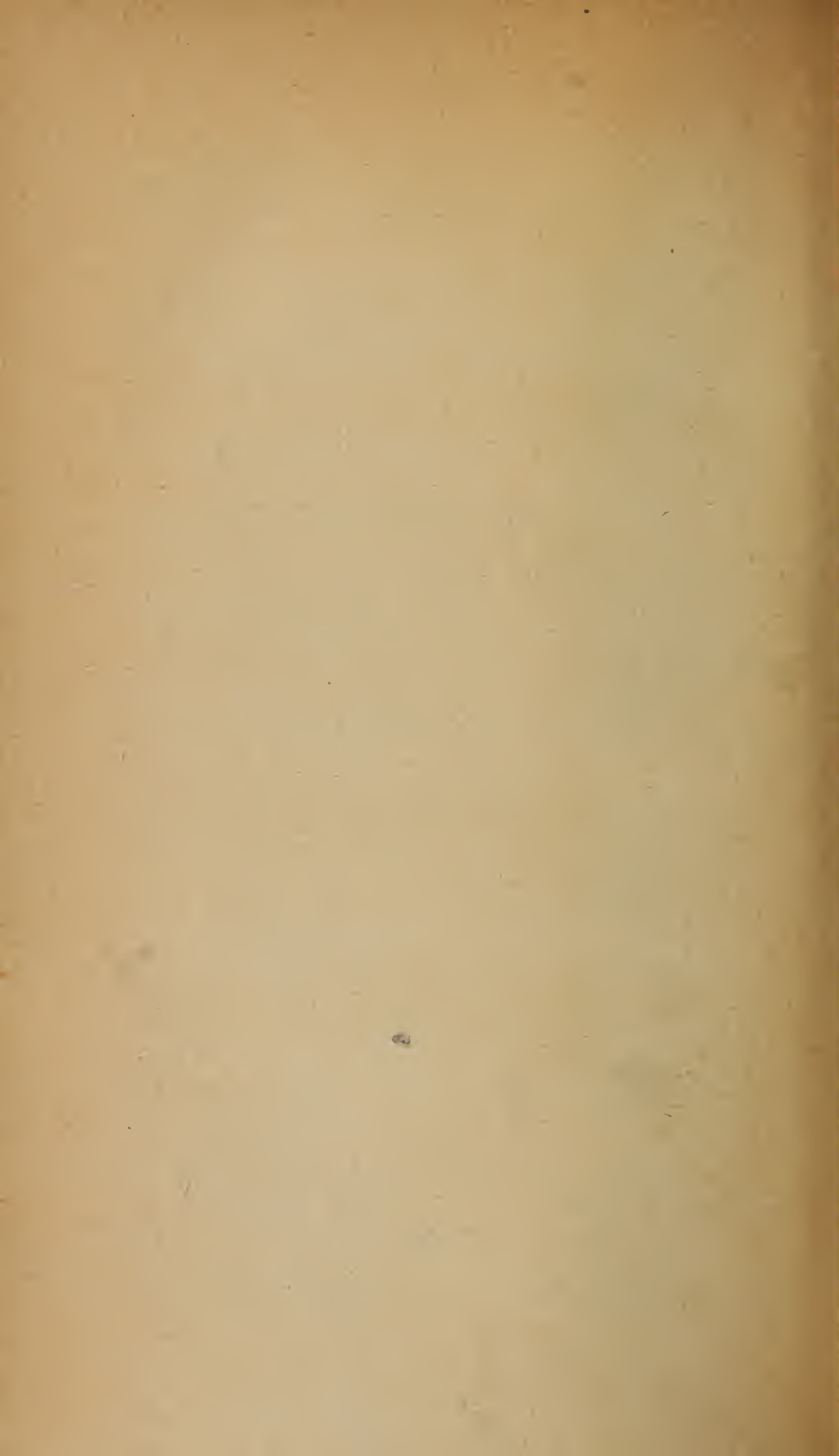
¿Para qué? Soy un gusano de la tierra—contestó Yan-Si-Pao—. No tengo enemigos. Mi vida es insignificante.

Yan-Si-Pao no se opuso a entrar en la villa, que era lujosa, fantástica; se sentó en un diván, tomó una taza de infusión que le ofreció la dama y se quedó dormido.

Por la mañana, al despertar, vió que entraba el sol por la ventana.

—Ya es hora de que te vayas—le dijo la dama india—. No vuelvas a tomar opio. Yan-Si-Pao, Pequeño Tesoro, te he puesto un amuleto que te preservará de las desgracias. Lo llevas en el pecho. No lo pierdas.

La india le besó en la frente y le empujó fuera de casa.



V

LA ESVÁSTICA

Yan-Si-Pao, todavía aturdido, se acercó al puerto, tomó una lancha y fué a su barco; como tenía aún tiempo, se acostó y durmió hasta el día siguiente.

Por la mañana, al despertarse con la cabeza ya despejada, recordó lo que había hecho en los tres días que había estado en tierra y pensó si el encuentro con aquella dama india sería una fantasía del opio; pero al llevarse la mano al pecho vió con sorpresa que tenía colgada de un cordón una cruz esvástica de oro.

Entonces recordó que aquella mujer le había dicho que esta cruz le preservaría de la desgracia.

Meses después, en una verdadera batalla que tuvo su barco contra los piratas de Bias Bay, en la costa de China, a pocas millas de Hong-Kong, mataron a dos marinos que estaban a derecha e iz-

quierda de Yan. A él no le pasó nada. Con esto se convenció de la eficacia de la esvástica.

—Sin duda la suerte protege a este vil gusano, a este conjunto de miserias y de bajezas que soy— se dijo Yan-Si-Pao.

Inmediatamente después de este combate volvió con el barco a Hong-Kong.

Yan-Si-Pao quiso encontrar el sitio donde había hallado a la dama india; pero no lo encontró ni pudo saber en qué casa había estado aquella noche...

Tres años después iba su barco a la altura de Kow-Lan-Tai-So, a cien kilómetros de Hong-Kong, de noche, cuando les atacaron los piratas.

Yan-Si-Pao estaba durmiendo y afortunadamente esto le salvó. Los piratas habían degollado a casi toda la tripulación. Eran de los clásicos espumadores del mar, discípulos de Ta-Tsin, de los que daban caza a los barcos y entraban después valientemente al abordaje.

Yan-Si-Pao se encontró amordazado y atado y sacado a cubierta, vió cómo las cabezas de los oficiales del *Kilin* iban siendo cortadas y echadas al mar.

Únicamente seis marineros y tres oficiales que quisieron hacer causa común con los piratas fueron perdonados.

Al llegarle el momento a Yan-Si-Pao de ser ejecutado, éste inclinó la cabeza amablemente y al descubrirle el cuello el chino que hacía de verdugo señaló la esvástica.

El verdugo y el capitán hablaron y Yan-Si-Pao fué perdonado, a condición de que fuera el piloto del barco.

* * *

Por qué bastó el ver la esvástica a los piratas para que perdonasen a Yan-Si-Pao es un secreto, querida amiga, un misterio, para explicar el cual necesitaré mucho tiempo y mucho papel. Usted cree que no hay tal secreto y que todo es una mixtificación mía, pero se engaña usted. Hay un secreto, que lo explicaré el mejor día echando mano de la magia y de las ciencias malditas.

* * *

El barco pirata donde estaba preso Yan-Si-Pao se llamaba el *Dragón Verde*, tenía una tripulación de chinos y de malayos: el capitán, Tong-Shen, era mogol, cruel y avaro, muy valiente; pero degenerado como fumador de opio.

El capitán Tong-Shen tenía un aire poco tranquilizador. Se notaba en él una mezcla de crueldad, de hipocresía y de astucia. Era pequeño, bajo, gordo, amarillo y rechoncho. Estaba lleno de heridas. Le faltaba un ojo y una oreja. Sabía imponerse en su barco a fuerza de audacia, de crueldad y de energía.

El segundo, Cheng-Li, era un chino del Sur, pe-

rezoso, astuto e intrigante. El contraмаestre, Wang, era mixto de chino y de malayo. Tenía la piel muy oscura y era el que en el barco solía hacer de verdugo.

Llegó el barco pirata a la altura de las islas de las Pirámides, se le acercaron tres juncos y desembarcaron todo el botín.

Tuvieron después los piratas alternativas de éxitos y de fracasos, y en una batalla que sostuvo el *Dragón Verde* contra un barco de guerra, cerca de las islas de Pratas, cayeron prisioneros tres de los piratas chinos más audaces del *Dragón Verde*: el segundo Cheng-Li, el contraмаestre y el cocinero.

Entonces al capitán pirata Tong-Shen se le ocurrió canjear sus tres hombres perdidos por los tres ex oficiales de marina del *Kilin* que tenía él en su barco. El capitán del buque de guerra aceptó el canje. Se lo dijeron a Yan-Si-Pao, y como vió éste que uno de los marineros chinos se lamentaba de no ser él el canjeado, le dijo:

—Vete tú si quieres. Yo soy un vil gusano de tierra sin importancia. A mí me es igual quedarme aquí que ir allá.

Yan-Si-Pao cambió su suerte con el marino que quería volver a China.

Los tres piratas del *Dragón Verde*, el segundo, el contraмаestre y el cocinero volvieron a su barco; pero sin duda habían sido envenenados, porque al poco tiempo murieron con grandes dolores, Res-

pecto a los dos ex oficiales y al marino del *Kilin* entregados al buque de guerra para el canje por lo que se supo más tarde a los tres les cortaron la cabeza. Yan-Si-Pao se salvó de la muerte por milagro.

Como por entonces la vigilancia de ingleses y de celestes en el mar de la China era muy grande, decidió Tong-Shen, el capitán del *Dragón Verde*, coger su botín y marchar al mar de Joló para encontrar allí un refugio y atacar a los barcos que iban a Filipinas desde Europa por el estrecho de Malaca y por el de la Sonda.

Fueron, efectivamente, hacia el mar de Joló, y en una de las islas del Archipiélago filipino, en la isla de Mindanao, cerca de Dapitán, encontraron un refugio, donde se hacían los repartos de los robos realizados por allí cerca. Otro lo hallaron en Borneo.

Si los moros de Mindanao eran de poco fiar, los dayaks de Borneo eran peores. Los dayaks se jactaban sobre todo de mostrar el más voluminoso haz de cabezas cortadas. Bebían el *arak*, licor espirituoso obtenido del arroz fermentado, y tenían un vago culto en honor de los espíritus.

Tong-Shen se entendía bien con ellos y les llevaba opio a cambio de otras mercancías.

Tong-Shen fumaba cada vez más opio e iba entristeciéndose y languideciendo rápidamente.

VI

LOS PRISIONEROS

Llevaba Yan-Si-Pao una vida brutal. El mismo capitán del *Dragón Verde*, Tong-Shen, le tenía miedo. Dos o tres años después de haberse lanzado a la piratería nuestro ex oficial, estaba de acecho el *Dragón Verde* cerca de la isla de Panay, cuando abordaron una barca que venía de Manila.

En esta barca prendieron a una muchacha española llamada Dolores, que iba con su doncella; a un fraile misionero y a tres o cuatro marineros tagalos a quienes mataron porque intentaron defenderse.

Yan-Si-Pao, bastante conmovido por la situación de la muchacha, pidió a Tong-Shen que le dejara casarse con ella.

Tong-Shen se lo permitió.

La muchacha Dolores al principio protestó fu-

riosamente. Iba precisamente a casarse con un comerciante inglés de Ilo-Ilo y prometió pagar el rescate que se le impusiera.

Yan-Si-Pao le dijo:

—No tenga usted cuidado, si conseguimos tocar en la costa, yo la dejaré a usted marcharse donde quiera. Yo no pretendo casarme ni tener hijos. Soy un vil gusano de tierra y no se pierde nada con que desaparezca.

Esta misma indiferencia hizo efecto en la muchacha, que comenzó a mirar con simpatía a Yan.

Para entenderse entre los dos, al principio tenían al misionero español el Padre Mendiluce. El Padre Mendiluce era un hombre chiquito, sonriente, grueso, con una cara de pájaro. El Padre Mendiluce era un hombre entusiasta de la filología y de la lingüística.

El Padre sabía una porción de idiomas, cuarenta o cincuenta, y soñaba con hacer una obra tan importante como la del jesuíta español Hervás y Panduro. El Padre Mendiluce estaba por entonces escribiendo un diccionario comparativo del tagalo, el bisayo, el ilocano, el bicol y el pompongo.

El misionero, que sabía el chino, sirvió de intérprete entre Yan-Si-Pao y la señorita Dolores.

Yan-Si-Pao comenzó a enamorarse de la muchacha y al mismo tiempo a aprender el español.

La señorita Dolores miraba también con simpatía al piloto del *Dragón Verde*; pero afirmó repetidas veces que no se casaría con él, a no ser que se

convirtiera al cristianismo y abandonara, naturalmente, la piratería.

Tiempos después un tifón arrojó al barco hacia Mindanao. En Mindanao un cañonero español les persiguió y salieron al mar de la Celebes. Pasaron allí muchas hambres y miserias. El capitán Tong-Shen estaba ya enfermo y embrutecido por el opio. Mandaba de hecho en el barco Yan-Si-Pao.

La tripulación estaba dividida. La mayoría pretendía volver hacia los mares de la China. Yan-Si-Pao y sus partidarios querían desembarcar en algún punto de Filipinas y abandonar la piratería.

VII

EL DOCUMENTO DEL INDIO

Medio perdida, desarbolada, encontraron días después una urca holandesa. Todo hacía pensar que era un barco pirata. Le quedaba como tripulación cinco hombres blancos, un malayo y un chino. Los blancos eran un escocés, un sueco, un holandés, un austriaco y un brasileño.

Con ellos iba un viejo indio extenuado y enfermo.

La urca holandesa el *Fénix* había salido últimamente de Java y la tempestad le había hecho perder el rumbo. La tripulación no sabía dónde se encontraba.

Yan-Si-Pao y el Padre Mendiluce quisieron recogerles; pero la gente del *Dragón Verde* protestó. No había alimentos. Lo mejor era abandonar a los de la urca. El criterio de Yan-Si-Pao y el del misionero, al fin triunfó.

El indio viejo y enfermo se estaba muriendo. No era fácil saber la historia de este hombre, se encontraba extenuado y no tenía fuerza ni para hablar. Pocos días después de ser instalado el enfermo llamó a Yan-Si-Pao y le dijo con voz débil que había sido secuestrado y robado por los tripulantes de la urca holandesa, que eran todos ellos piratas.

El tenía un documento en el cual se indicaba dónde estaba escondido un tesoro.

* * *

Este documento, como se habrá usted podido fijar, mi querida amiga, es el mismo documento que apareció primero en los cuentos de Poe y ha seguido después en todas las novelas de aventuras hasta Julio Verne, Stevenson y Rider Haggard.

En las novelas inglesas está bien, porque no hay nadie como los autores ingleses para la aventura y el mar; en las novelas francesas está peor; y en las italianas peor aún. En las españolas no existen apenas.

No me reproche usted, pues, el que salga aquí este documento; pues es el mismo, absolutamente el mismo, que sacó a relucir Poe, aunque ya deteriorado por el uso y por la edad.

* * *

El enfermo entregó a Yan-Si-Pao un papel doblado en muchos dobleces y al poco tiempo expiró.

Yan-Si-Pao miró el papel, pero no entendió lo que decía. ¿En qué idioma estaba? El no lo sabía. Entonces mostró el escrito al Padre Mendiluce, quien después de algunas tentativas infructuosas lo descifró. El papel, que tenía al comienzo una tosca imagen de Buda, estaba escrito en un dialecto indio y decía lo siguiente:

“En la isla de Samui, en el mar de Siam, a poca distancia de la costa oriental de la península Malaya, a los 100 grados justos de longitud, hay en un campo, a diez kilómetros de la costa, cerca de una cueva, una plazoleta empedrada, con una estatua de Buda, en medio de la cual el solitario de los *Sakias* está sentado con una mano llevando la flor del loto y con la otra mano apoyada en la rodilla. La imagen de Buda tiene un peinado puntiagudo. El día 21 de marzo al amanecer, en el sitio en donde dé en el suelo la sombra del peinado puntiagudo, está enterrado un tesoro.”

Yan-Si-Pao preguntó al Padre Mendiluce si creía que aquella indicación sería cierta o no. El misionero, que tenía una gran memoria, recordó muchos casos parecidos.

—Se cuenta—añadió—en los Paralelos Históricos que en el tiempo de Roberto Guiscardo, Duque de Calabria y de la Pulia, fué descubierta una estatua de mármol que tenía en la cabeza un círculo de bronce en el cual estaban grabadas estas pa-

labras: *Kalendis Maii Oriente Sole Aureum Caput Habebo*. En las calendas de mayo al sol Levante mi cabeza tiene oro.

El príncipe Roberto consultó a sus hombres, que no supieron qué quería decir aquella inscripción; pero entre los prisioneros de guerra había un sarraceno que dijo que estas palabras significaban probablemente que allí había escondido un tesoro y que este tesoro se encontraría en el lugar donde daba la sombra de la cabeza de la estatua el día primero de mayo al salir el sol. Efectivamente, se hizo la prueba y se encontró el tesoro.

Se le preguntó al sarraceno, que era fabricante de relojes, si esto lo había averiguado por arte mágica, y dijo que no, que solamente el buen sentido le había sugerido tal explicación, con lo cual se supone que le dejarían libre.

Yan-Si-Pao, el Padre Mendiluce y la señorita Dolores contemplaron repetidas veces el papel que tenía al principio una tosca imagen de un Buda.

VIII

M U E R T E S

En el *Dragón Verde* la situación iba haciéndose cada vez peor, y una noche la mayoría de la tripulación china con Tong-Shen a la cabeza se apoderó de los víveres y se escapó en la lancha. Se quedaron en el barco los blancos encontrados en la urca holandesa desmantelada, con dos chinos fieles a Yan-Si-Pao y un negro.

De los blancos, el escocés Mac Donald, era hombre malo, violento, acostumbrado a pegar y a martirizar, que había sido negrero y había cometido mil atropellos.

Este hombre se jactaba de ser vengativo e implacable; aseguraba que no había perdonado a nadie. De todo aquel que le había hecho daño o había sido su enemigo, tarde o temprano se había vengado.

En el barco el escocés quiso mandar tanto como Yan-Si-Pao, pero éste supo sujetarle y amedrentarle.

El brasileño Silveira era también un bandido y había hecho la trata de negros.

Yan-Si-Pao mandaba en el *Dragón Verde* despóticamente, más que nada por imponerse a los bandidos. Tenía como condicionales a los dos chinos, al negro, al Padre Mendiluce y a la señorita Dolores, que vestía de hombre.

A pesar de la esperanza que tenía Yan-Si-Pao de encontrar alguna isla habitada o algún barco, no hallaron en su ruta más que islotes áridos, donde no había qué comer.

El estado del *Dragón Verde* iba siendo cada vez más lamentable; decidieron abandonarle e hicieron una balsa y desembarcaron en un islote del archipiélago de Sangi.

Como jefe, Yan-Si-Pao se encargó de transportar las personas y las cosas del barco a la isla. El transporte en la balsa era largo y pesado.

* * *

No cabe duda, mi querida amiga, que si yo tuviera imaginación poderosa, aquí podría demostrarla haciendo la competencia con mis invenciones desde Poe a Stevenson y a Conan Doyle. Pero uno no tiene imaginación. La gente del Norte nos

ha achicado en esta última época a los meridionales. Toda la supuesta imaginación de los meridionales ha quedado reducida a la retórica.

* * *

Había ya llevado a la isla nuestro héroe todas las personas y había dejado al Padre Mendiluce y a la señorita Dolores al cuidado de los dos chinos y del negro.

Al volver por tercera vez Yan-Si-Pao al barco con todos los objetos que pudo, se encontró con espanto que la española y el fraile habían desaparecido.

—¿Qué ha pasado?—preguntó a los dos chinos.

—Los han matado.

—¿Quiénes?

—El escocés y el brasileño y el negro les ha ayudado.

Yan-Si-Pao, preso de una cólera furiosa, sacó el yatagán, se lanzó sobre el escocés, lo derribó al suelo y le cortó la cabeza. El brasileño se echó sobre él y se agarraron; pero Yan-Si-Pao le tendió en tierra y, sin escrúpulo ninguno, le abrió la garganta. Iba a acercarse a matar al negro; pero éste se le arrodilló pidiendo perdón y Yan-Si-Pao no quiso matarlo.

La sangre derramada pareció tranquilizar a Yan.

—¿Le han hecho sufrir a la muchacha?—preguntó.

—No; dormía cuando la mataron—dijo el chino—. El escocés le descubrió el cuello y luego levantó el machete y le dió con toda su fuerza. La sangre salpicó muy lejos. No hizo más que una contracción violenta y empezó a llenar el suelo de sangre.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué iba a hacer? No tenía armas. La cabeza la tiraron al mar. Yo antes le corté esta parte de pelo; sabía que usted querría guardarlo.

—¿Y el misionero?

—Al misionero lo mataron también de una puñalada en el corazón.

—¿Y qué han hecho de sus cuerpos?

—Los han cortado en pedazos y han asado la carne al fuego.

—¡Qué se va a hacer! Somos pobres gusanos llenos de apetitos materiales inmundos—dijo Yan-Si-Pao.

Yan-Si-Pao, como filósofo que era, comprendía muy bien que el hombre hambriento se convierte en una fiera salvaje, y no dijo más ni protestó al ver que a los dos muertos por él se preparaban también a descuartizarlos y a asarlos al fuego el holandés, el noruego, el sueco y el australiano supervivientes.

Pocos días después apareció en el islote perdido

una barca de pescadores que recogió a los náufragos y los llevó hasta una aldea de las Celebes.

Allí esperaron varias semanas, hasta que encontraron ocasión para ir como marineros hasta Batavia.

IX

EL PLANTADOR DE BATAVIA

Se habían enterado de la existencia del tesoro, el holandés Wan Hassen, el australiano sordo-mudo Honey y uno de los chinos, hombre de confianza de Yan-Si-Pao.

Se reunieron los cuatro en Batavia y pensaron en el plan que tenían que seguir para encontrar el tesoro. Yan-Si-Pao fué a casa de un notario holandés, donde depositó a su nombre el documento escrito en hindú. Esta prueba de desconfianza hizo murmurar a sus compañeros y les hizo pensar que no tenían más remedio que contar con Yan, que era el único que sabía a ciencia cierta dónde estaba el tesoro.

El holandés Wan Hassen dijo que conocía a un plantador también holandés, Ravenstein, y que si le interesaban en el negocio, probablemente daría facilidades y dinero para poder llegar al sitio.

Yan-Si-Pao fué a visitar a Ravenstein. Este pretendía que le pusieran al corriente de todo y le explicasen dónde estaba el tesoro; pero Yan-Si-Pao se negó a explicar nada, únicamente dijo que el documento estaba en seguridad en el despacho de un notario y que él sólo sabía dónde y cómo se podía encontrar.

Entonces, el plantador propuso que un sobrino suyo, Cornelius, fuera en la expedición y abonara los gastos.

En estas circunstancias pretendía que la mitad del tesoro fuera para él.

Yan-Si-Pao dijo que no. No necesitaba ayuda de nadie. El iría sólo al lugar y se apoderaría del tesoro. Tenía decisión y constancia para ello, aunque no fuese más que un pobre gusano sin fuerza.

Ravenstein, el plantador, preguntó qué condiciones proponía él.

—Si usted o su sobrino—dijo Yan-Si-Pao—quieren sufragar los gastos, primero, si se encuentra el tesoro, se les devolverá el dinero empleado; después, el tesoro se dividirá en dos partes; una, con la que me quedaré yo, y la otra, que se dividirá a su vez en cuatro partes: una para su sobrino, otra para el holandés Wan Hassen, otra para el australiano sordo-mudo y otra para mi criado.

El plantador, exasperado, dijo que no quería oír hablar más de asunto; pero a los dos o tres días volvió a llamar a Yan y, entonces, éste se encontró con Ravenstein y con su sobrino Cornelius.

El sobrino era un mozo alto, rubio y fornido.

En la conversación que tuvieron, quedaron de acuerdo en que Cornelius, acompañado por los cuatro hombres, iría en busca del tesoro.

En los días que habían estado en Batavia, el criado chino de Yan había encontrado un mozo también chino, a quien presentó a su amo.

Yan-Si-Pao lo tomó a su servicio.

Pocos días después, Yan, con sus dos chinos, el holandés, el australiano sordo-mudo y Cornelius Ravenstein con tres criados que le acompañaban, salieron de Batavia y fueron a Singapoore.

En Singapoore, Yan-Si-Pao advirtió a Cornelius que si quería seguir en la expedición, tenía que abandonar a los tres criados que le seguían.

—¿Por qué no me lo dijo usted antes, al salir de Batavia?—preguntó el joven holandés.

Yan-Si-Pao se encogió de hombros y añadió:

—Si piensa usted que nos han de engañar por pobres y miserables que seamos, se equivoca. Lleve usted tres hombres o lleve usted treinta, es igual. Del tesoro no tendrá usted, si lo encontramos, más que la octava parte; pero si no está usted conforme, tiene usted tiempo de volver.

—¡Volver! De ninguna manera. Le seguiré a usted por donde vaya.

—Si acepta usted la proposición de buen grado, yo quedaré muy contento; ahora, si no la acepta usted y cree usted que me va a dominar, se engaña. Primeramente yo, por humilde que sea, soy el úni-

co que sabe dónde está ese tesoro; si me sigue usted o cualquiera de los que me acompañan, soy capaz de quedarme en Singapoore toda la vida.

El holandés Wan-Hassen terció en la cuestión y Cornelius se acomodó a seguir tomando parte en la expedición él sólo y a despedir a sus gentes para que volvieran de nuevo a Batavia.

X

EL BUDA

Tomaron una barca los seis reunidos y fueron por el mar de la China hasta Lakon, en la costa Malaya, una aldea entre el mar y una sierra infértil.

Dos días después, en otra barca, llegaron a la isla de Samui.

El desembarco produjo curiosidad entre los malayos pescadores de la isla, y cuando estaban instalándose a orillas del mar se presentó un jefe a preguntarles qué querían.

Cornelius, que sabía algo de malayo, quiso entenderse sólo con el jefe y le dijo que iban a buscar un tesoro que había en la isla.

El jefe de los pescadores malayos sabía que había un tesoro en la isla; pero no sabía dónde.

El jefe preguntó a Cornelius quién era entre ellos el que dirigía la expedición y el holandés le señaló a Yan-Si-Pao.

Los malayos de la isla pretendían, naturalmente, tener parte del tesoro y Yan-Si-Pao, a quien comunicaron su deseo, dijo que la tendrían si se portaban bien.

Al mismo tiempo que decía esto, Yan-Si-Pao pensaba engañarles a todos, principalmente a Cornelius, que le traicionaba a cada paso. Yan-Si-Pao buscó la plazoleta en donde se levantaba la imagen de Buda y dió pronto con ella. Cerca de esta plazoleta había una cueva espaciosa, llena de estalactitas, con grandes salas y con enterramientos, que al ser removidos, dejaban huesos y calaveras al descubierto.

* * *

Seguramente usted, mi excelente amiga, encontrará muy pobre este Buda, esta plazoleta, esta cueva y estos malayos. No tienen, indudablemente, los detalles precisos, positivos, claros, de las novelas de Stevenson, de Kipling o de Conrad. Quizá esto dependa de que uno no ha visto esos paisajes, quizá de que no ha tenido uno tiempo de consultar el Anuario del Comercio de la costa malaya. Pero sigamos.

* * *

Yan-Si-Pao dijo a los suyos que eran el Buda y la cueva los dos puntos de referencia necesarios

para encontrar el tesoro. Faltaba hallar el tercer punto de referencia.

Yan-Si-Pao reconoció la cueva y la plazoleta, en cuyo centro estaba la imagen de Buda con su peinado en punta. Pronto comprendió por la sombra del sol, que el tesoro debía de estar fuera de la explanada y de la cueva. Se acercaba el día veintiuno de marzo. Yan-Si-Pao comenzó a poner estacas en varios sitios de la plazoleta.

Por las mañanas solía ver muchas veces que los sitios marcados por él estaban de noche excavados.

Yan-Si-Pao hacía como que no se enteraba.

La mañana del veintiuno de marzo se levantó antes de salir el sol y vió que la sombra del peinado del Buda daba sobre una pequeña eminencia que estaba a doscientos metros de la plazoleta.

Inmediatamente marcó el sitio exacto con una piedra.

Al día siguiente dijo que tenía que poner la tienda de campaña fuera de la plaza, en donde podía estar el tesoro, puesto que quizá tendría que revolverla toda.

Había asegurado él que el primero de abril encontraría el tercer punto de referencia y diría dónde había que hacer las excavaciones. Hasta aquel día no podía tener seguridad alguna.

En la pequeña eminencia, colocada fuera de la explanada donde daba la sombra de la cabeza del Buda, comenzó a construir una casa de tablas. Había tiempo sobrado.

Yan-Si-Pao comunicó a sus chinos lo que ocurría y los dos se pusieron a trabajar de noche y a sacar tierra. Al poco tiempo de trabajar encontraron un cofre de zinc lleno de oro y de pedrerías. La cantidad era tal, que quedaron maravillados.

Yan-Si-Pao hizo que metieran todo el oro y las pedrerías en dos sacos fuertes y que los enterraran de noche en la playa, al lado de una roca.

Tres días antes de que acabara el mes de marzo, Yan-Si-Pao dijo que tenía que ir a un islote próximo para ver desde allí la sombra de uno de los montes; le acompañarían en la lancha el holandés, el australiano y los dos chinos.

Cornelius y los pescadores malayos no se opusieron porque estaban muy seguros de tener el tesoro.

Yan-Si-Pao les avisaría inmediatamente desde la otra isla dónde tenían que comenzar la excavación.

El holandés y el australiano entraron en la lancha a regañadientes y se encontraron sorprendidos y locos de contento al saber que llevaban con ellos el tesoro. Los cinco hombres se dirigieron en su barca hacia la Cochinchina y en Saigón hicieron el reparto de sus riquezas.

El holandés se marchó inmediatamente a su país y el australiano y los dos chinos encontraron un barco en el que fueron a Filipinas con Yan-Si-Pao.

XI

EN FILIPINAS

Con un gran capital llegó Yan-Si-Pao a Filipinas, se estableció primero en Manila y se hizo cristiano. Como se aburría con la vida monótona de la ciudad, compró una finca en Albay, al sur de la isla de Luzón.

Llevó muchos trabajadores bicoles y chinos, creyendo que con ellos podría hacer un buen negocio.

Pronto se desilusionó.

* * *

Perdone usted esta digresión etnográfica, mi querida amiga.

Los filipinos, como decía el Padre San Agustín del siglo XVII, son fríos, húmedos, inconstan-

tes, maliciosos, desconfiados, perezosos, tardos, amigos de andar por ríos, mares y lagunas y ser afectos a la pesca. Es tal su pereza, dice el mismo Padre, que si abren una puerta, nunca la cierran.

Respecto a los chinos, eran peores. No podían perder su marrullería y su perfidia. Era inútil que Yan-Si-Pao los quisiera tratar como a personas, porque ellos se burlaban de él, no hacían diferencia alguna entre el dueño que se portaba bien y el que se portaba mal, y cuando algún chino llegaba a reunir una cierta cantidad, se marchaba a su país sin hacer caso de la mujer india ni de los hijos que había tenido con ella, diciendo irónicamente: No más Santa María ni castila ni señoría”, que ellos pronunciaban: No más Santa *Malía* ni *castila* ni *señolía*.

Lo mismo los chinos, que los indios, que los mestizos sangley, no tenían apego ninguno al sitio donde vivían; una cabaña, el petate para dormir y algunas imágenes de santos, formaban todo su ajuar, que abandonaban sin ninguna pesadumbre. No tenían necesidades; tomar la morisqueta y mascar el buyo, les bastaba.

* * *

Yan-Si-Pao llevó como ingeniero de su finca a un irlandés casado con una mestiza. Este irlandés tenía una hija, una muchacha arrogante, una *dalaga* muy guapa, decían en el país, pero de muy mal

genio, y Yan-Si-Pao le preguntó si quería unir su vida a la del pobre gusano de tierra miserable y desvalido, a quien la petulancia de sus padres había llamado el Pequeño Tesoro. Ella aceptó.

Como el cristianismo de Yan-Si-Pao era relativo, en la finca de Albay había un altar para las devociones de la irlandesa, y en un rincón los ídolos y los amuletos de Yan-Si-Pao, entre pebetes olorosos.

En esto, Yan-Si-Pao seguía la tradición de los chinos pobres que se casaban con indias cristianas.

Yan-Si-Pao vivió con su suegro, el irlandés, y con su mujer. No tuvo hijos. Se defendió contra los bandidos que allí llamaban tulisanes, comió la morisqueta, trató con gobernadorcillos y mediquillos e hizo excursiones en barco por la isla de Mindanao.

Cuando murió su suegro y después su mujer, se trasladó a Manila y vendió la finca de Albay.

Yan-Si-Pao se apartaba de sus paisanos chinos, a quienes veía trabajar desnudos en el muelle con el sol terrible.

Las barriadas chinas de Manila le repugnaban por su suciedad y su aire antihigiénico; pero no podía menos de sentir su paisanaje, y a veces socorría a los chinos pobres.

Yan-Si-Pao se encontraba aislado, aunque tenía algunos amigos españoles. No quería tratarse con los chinos ricos como el chino Palanca o el chino Velasco, porque les veía manifestar siempre una

perfidia y una deslealtad que a él le molestaban.

Yan-Si-Pao fué a Pekín a visitar a su familia. Conoció a sus sobrinos, pero éstos eran tan chinos, que le miraban a él como a un extranjero. Comprendiendo que China ya no era su país, volvió a Manila. Uno de los motivos de molestia que tuvo, fué que uno de sus criados chinos, a quien había correspondido una buena cantidad de dinero del tesoro de la isla Samui, se lo había gastado y le importunaba constantemente.

Este chino, unido con el australiano sordomudo, que también había derrochado su capital, le pedía dinero constantemente, suponiendo quizá que él se había quedado con una cantidad mayor que la que le correspondía.

Yan-Si-Pao estaba fastidiado con estas constantes peticiones y decidió el ir a vivir a Inglaterra. Pensó que le acompañasen las criadas de su mujer y fué a establecerse en Londres.

El chino que le importunaba se murió.

Yan-Si-Pao fué a Londres con sus ídolos, sus amuletos y su cruz esvástica en el pecho, y como le gustaban las plantas, puso dos tiendas; una, a la que llamó el “Barco de flores”, y la otra, “El loto”.

XII

EL SORDO-MUDO

Inopinadamente, con gran sorpresa de Yan-Si-Pao, el australiano sordo-mudo llegó a Londres. Un día, en el Consulado chino se presentó un hombre, que por escrito indicó que era australiano y sordo-mudo. Quería saber las señas de su amigo Yan-Si-Pao.

Dijo que había sido marino en un barco.

El Cónsul le hizo algunas preguntas; pero el marino sabía su lección y llegó a conseguir lo que pretendía.

El sordo-mudo llevaba como medio de orientación un planisferio, con una serie de cruces rojas de los sitios en donde había estado.

A pesar de la desconfianza del Cónsul, llegó a conseguir que éste diera crédito a sus palabras.

El Cónsul llamó a Yan-Si-Pao, que se manifes-

tó muy incomodado. Dijo que él era un miserable gusano de tierra, pero que no aceptaba que se le explotase. Entre el Cónsul, Yan-Si-Pao y el sordomudo, acordaron que el australiano recibiera quinientas libras esterlinas y que no volviera a importunar más a Yan-Si-Pao.

Desde entonces, el florista se sintió más que nunca enemigo de la China y quiso naturalizarse español.

XIII

LOS ESPÍRITUS DEL FUNG-SHUI

Yan-Si-Pao vivía bien ; pero tenía un genio arrebatado y violento, y además, tenía mucho miedo a los diablos. Como contaba su dependiente, Li-Ju-Chung, una bruja amiga de su madre que se llamaba Schelomare, que tenía pacto con los demonios, le había asegurado que tres diablos del Fung-Shui se le aparecerían a la hora de la muerte.

Yan-Si-Pao no sabía si tenía más miedo al infierno cristiano o a los ocho infiernos que aseguran que hay los budistas con los nombres de Naraka y Naraya.

* * *

Una noche de invierno, en Londres, tres músicos que tocaban en una orquesta de un teatro de

Piccadilly, un alemán, Alberto Mantz y dos españoles, Pedro García y Juan Aurrecochea, quisieron dar una broma un tanto pesada a un compañero, a quien tenían por perezoso y por comodón y que vivía en Old Compton Street.

Tocaba uno de ellos el cornetín; el otro, el saxofón, y el tercero, el fagot; les había convidado a cenar el empresario y estaban los tres músicos al salir del teatro, un tanto borrachos.

Entonces pensaron los tres ir a casa del compañero con la intención de darle una broma.

Fueron por Piccadilly, cada uno con su instrumento debajo del brazo; después a Oxford-Street, y llegaron a Old Compton Street.

Uno de los españoles, García, señaló cuál era la casa del amigo músico, que vivía en un entresuelo. Este entresuelo tenía ventanas de guillotina.

El alemán Mantz, sacó un cortaplumas y, sin esfuerzo alguno, metiendo la hoja por un resquicio, abrió la ventana desde fuera.

Ya abierta, fueron entrando uno a uno los tres músicos y dándose los instrumentos y andando de puntillas para que el amigo no se diera cuenta de su paso.

Entraron, y García, señalando una puerta y abriéndola suavemente, dijo.

—Aquí es donde duerme.

Entonces tomaron los tres músicos sus instrumentos, se los acercaron a los labios, y el alemán dijo:

—¡A una! Y se pusieron a tocar de la manera más estrepitosa posible.

De pronto, vieron que se encendía la luz y se levantaba de la cama, no el amigo músico, sino un viejo chino, aterrorizado que, extendiendo los brazos, pronunció unas palabras que no se entendían, y cayó como muerto.

Los músicos se habían equivocado de casa y habían ido a dar la broma a Yan-Si-Pao, que a consecuencia del susto, quedó gravemente enfermo.

Los músicos se escaparon por la ventana a la calle, horrorizados.

Yan-Si-Pao quedó presa de un síncope. Las dos viejas sordas no habían oído nada y después dijeron que habían pensado que había descargado una tormenta sobre Londres.

Cuando las dos mujeres fueron a ver al enfermo, no pudieron entender lo que decía.

Al recobrar Yan-Si-Pao el conocimiento, vió que no tenía el escapulario en el pecho y dijo repetidas veces a su criada, con angustia:

—¡Buscadme el *escapulalio*, el *escapulalio*!

La vieja sorda lo buscó y lo llegó a encontrar.

Cuando Yan-Si-Pao se lo puso tuvo un suspiro de consuelo.

—Ahora, que llamen al médico, al *castila*.

Pero el *castila* no estaba en Londres y Yan-Si-Pao perdió toda esperanza y se murió.

Varios meses después, el médico de la Armada

vió en la calle al dependiente de la tienda de flores *El Loto*, Li-Ju-Chung.

—El amo murió—le dijo—. Chino Yan-Si-Pao, el pequeño tesoro, se fué... Ja... ja... ja .. El vil gusanillo de tierra era un chino *matandá*, ja, ja, ja, y le habían visitado los *espíritus* del Fung-Shui..., ja... ja... ja.

Y Li-Ju-Chung siguió riendo como si la muerte de su amo fuera una de las cosas más regocijantes que pudiesen ocurrir en el mundo.

Madrid, marzo 1928.



Í N D I C E

	<u>Páginas.</u>
EL HORROROSO CRIMEN DE PEÑARANDA DEL CAMPO....	9
LAS NOCHES DEL CAFÉ DE ÁLZATE.....	93
YAN-SI-PAO, O LA ESVÁSTICA DE ORO.....	119

OBRAS
DE
PIO BAROJA

MEMORIAS DE UN
HOMBRE DE ACCIÓN

	<u>Pesetas.</u>
El aprendiz de conspirador.....	4,00
El escuadrón del Brigante.....	5,00
Los caminos del mundo.....	5,00
Con la pluma y con el sable.....	5,00
Los recursos de la astucia.....	4,50
La ruta del aventurero.....	5,00
Los contrastes de la vida.....	4,00
La veleta de Gastizar.....	5,00
Los caudillos de 1830.....	5,00
La Isabelina.....	5,00
El sabor de la venganza.....	5,00
Las Furias.....	5,00
El amor, el dandysmo y la intriga...	5,00
Las figuras de cera.....	5,00
La nave de los locos.....	5,00
Las mascaradas sangrientas.....	5,00

* *

EDITOR
R. CARO RAGGIO
Mendizábal, 34 Madrid,

O T R A S

P U B L I C A C I O N E S

	<u>Pesetas.</u>
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA	
Páginas novelescas.....	4,00
GUILLERMO DE TORRE	
Literaturas europeas de vanguardia.	5,00
MANUEL CHAVES NOGALES	
Narraciones maravillosas.....	5,00
JOSÉ LÓPEZ RUBIO	
Cuentos inverosímiles.....	5,00
Roque Six.....	5,00
ANTONIO PORRAS	
Santa mujer nueva.....	5,00
VICENTE SÁNCHEZ OCAÑA	
Hombre Varado.....	4,00
MIGUEL VILLALTA	
Rapsodias Vulgares.....	4,00
ALFREDO MUÑIZ	
El hombre que mató su alma.....	4,50

* * *

E D I T O R

R . C A R O R A G G I O

Mendizábal, 34, Madrid

OBRAS COMPLETAS

DE AZORÍN

D O N J U A N

EL CHIRRIÓN DE LOS POLÍTICOS

UNA HORA DE ESPAÑA

LOS QUINTEROS Y OTRAS PÁGINAS

D O Ñ A I N É S

O L D S P A I N

I.—EL ALMA CASTELLANA

II.—L A V O L U N T A D

III.—A N T O N I O A Z O R Í N

IV.—LAS CONFESIONES DE

UN PEQUEÑO FILÓSOFO

V.—E S P A Ñ A

VI.—L O S P U E B L O S

VII.—FANTASÍAS Y DEVANEOS

VIII.—E L P O L Í T I C O

- IX.—LA RUTA DE DON QUIJOTE
X.—LECTURAS ESPAÑOLAS
XI.—LOS VALORES LITERARIOS
XII.—CLÁSICOS Y MODERNOS
XIII.—C A S T I L L A
XIV.—UN DISCURSO DE LA CIERVA
XV.—AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS
XVI.—EL LICENCIADO VIDRIERA
XVII.—U N P U E B L E C I T O
XVIII.—R I V A S Y L A R R A
XIX.—EL PAISAJE DE ESPAÑA
VISTO POR LOS ESPAÑOLES
XX.—ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA
XXI.—PARLAMENTARISMO ESPAÑOL
XXII.—PARÍS, BOMBARDEADO, Y
MADRID, SENTIMENTAL
XXIII.—L A B E R I N T O
XXIV.—MI SENTIDO DE LA VIDA
XXV.—A U T O R E S A N T I G U O S
(ESPAÑOLES Y FRANCESES)
XXVI.—L O S D O S L U I S E S
Y O T R O S E N S A Y O S
XXVII.—DE GRANADA A CASTELAR



LS
B264ho

257848

Author Baroja, Pio

Title EL horroroso crimen.

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

